

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

1872. — TOMO XXXIX.

AÑO 31. — N° 1,011.

Administración general y Redacción : Passage Saunier, número 4, en París.

## SUMARIO.

Manifestación anti-prusiana en Estrasburgo; grabado.  
— Revista española. — La erupción del Vesubio; gra-

bado. — Los campamentos de las cercanías de París; grabado. — Revista de París. — Poesía : La Cariteña. — Fiestas en Nantes á beneficio de la obra de la liberación del territorio; grabado. — El Rosario de Haydn ó el canto del cisne. — El conde de Aranda. — La Nueva

Caledonia; grabados. — Ciervos en el restrojo, composición y dibujo de Karl Bodmer; grabado. — ¿Qué hará de ello? novela escrita por sir Edward Lytton Bulwer. — Exposición de Bellas Artes de 1872; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.



ESTRASBURGO. — Manifestación anti-prusiana en la plaza Kléber.

## Manifestacion anti-prusiana

EN ESTRASBURGO.

Cada incidente, y á veces el mas insignificante, es una ocasion para que los habitantes de Estrasburgo manifiesten altamente sus sentimientos patrióticos y sus simpatias francesas. El domingo 28 de abril el batallón de bomberos volvia de sus maniobras trayendo á su cabeza los tambores y la charanga. Este bizarro cuerpo, que en 1870 pagó su tributo á la patria y que tuvo numerosas víctimas cuando el bombardeo de sinistramemoria, entraba en la ciudad, acompañado de tocatas francesas.

Llegado al Broglie la multitud que le seguia se aumentaba por momentos: los ciudadanos de toda clase y edad se daban el brazo, y concluyeron por confundirse entre los bomberos al grito de ¡Viva la Francia! Mucho trabajo le costó al batallón el penetrar en la plaza Kléber, donde la muchedumbre vino á ser tan compacta, que le impedía trasladarse á su punto de reunion ordinaria en la plaza Gutenberg, y el comandante tuvo que dar la orden de romper filas, en tanto que resonaban mas fuerte que nunca los vivas formidables á la Francia.

La manifestacion, enteramente espontánea, del 28 de abril, en la plaza donde se eleva la estatua del héroe general republicano, y donde estaba antes de la guerra el museo de pintura y escultura, del que no quedan mas que las paredes exteriores, se prestará á mas de una comparacion con la ceremonia inaugural de la universidad alemana, que tendrá efecto el 1º de mayo, ceremonia que la autoridad alemana quiere que sea ostentosa. L.

## Revista española.

Los nervios de la primavera. — Elecciones. — Sublevaciones. — Fiestas. — Novedades teatrales. — El traje azul. — Estrellas fugaces. — Un diputado ministerial. — Un incendio. — Noche eterna.

La primavera suele ser en Madrid todo lo contrario de lo que piensa la poesia de esta estacion la mas bella del año.

Lluvias, vientos, calor sofocante, á los pocos minutos frio intenso, vendabales que tronchan árboles y desprenden tejas de los tejados.

Esto bajo el punto de vista fisico: bajo el punto de vista moral, es cuando registra la crónica criminal los suicidios, los combates, las riñas.

Vivimos pues, en un continuo ataque de nervios.

Este año hemos tenido por añadidura unas elecciones de diputados á Cortes y una sublevacion carlista.

La situacion de España, en los momentos en que escribo, no puede ser mas apetitosa para un inglés, aburrido por ejemplo.

Durante las elecciones hubo palos, alborotos, heridos.

Esos momentos en que funciona la soberania nacional suelen ser fatales para las costillas de algunos ciudadanos pacíficos.

Pero en fin, ello es que mal que bien salieron los diputados necesarios para ayudar al gobierno en sus tareas.

Frontaura, que es mozo de buen humor, ha buscado en los apellidos de los diputados los elementos con que cuenta la Cámara, y dice con mucha gracia que hay entre ellos « uno Bueno, otro Rico, dos ó tres Morenos, dos Garridos, un Calvo, un Delgado y dos de muy buen humor, esto es, un Risueño y un Alegre.

Hay además un Nieto, cuyo abuelo no se conoce y un Chico de Guzman que es muy buen chico.

Para estos muchachos hay su Novia correspondiente.

De profesion conocida, añade el humorístico escritor, no vienen al Congreso mas que un Rey, un Guerrero y un Civico; pero se presentaron como candidatos un Marqués, un Boticario, un Molinero y un Alguacil.

La zoología está representada por un Toro, un León, un Zorrilla, dos Becerras, un Aguila y un Avecilla.

Si quiere pintarse un país, el Congreso nos proporcionará un Arenal, varios Rios, una Peña, una Abadía, una Laguna, Montes, Cuevas, Lomas, Fuentes, Torres, Casas; un Guijarro, una Roca, una Parra, varias Encinas.

Si alguno desea animar el paisaje con algunas figuras, puede poner á Pasual Elias, de Pedro y de Blas; en un rincón Costales, en otro Cadenas, y dominando el paisaje un diputado Cazorro, contemplando un grupo de Parias.

Todo esto es ingenioso y no carece de chiste, pero detrás del cuadro aparecen hombres vendados, fami-

lias enlutadas, un mar de lágrimas y multitud de resentimientos.

Los partidos pretenden que en la eleccion se han cometido ilegalidades, y el carlista, negándose á autorizarlas con su presencia, obediendo la voz de su jefe, se ha retraido cambiando la elocuencia de medradores por la mas expresiva de los cañones y de las carabinas Berdam.

Mientras electores y gobierno trabajan y sublevados y militares combaten, la elegante sociedad madrileña se divierte.

En primer lugar ha asistido á dos conciertos brillantísimos: uno en el salon del Conservatorio y otro en el teatro de la Alhambra.

El primero era á beneficio de una señorita que tiene grandes disposiciones para el canto, pero que carece de medios para proporcionarse una buena educacion artistica.

La sociedad aristocrática de Madrid se interesó por ella y las damas mas principales de la nobleza acudieron al concierto, y proporcionaron una respetable cantidad á la beneficiada, con la cual se propone ir al extranjero.

Esta vez han empleado bien las ilustres damas una parte de lo supérfluo de su fortuna.

El segundo concierto ha sido á beneficio de Canella. Como todos los años, acudió á oír su maravilloso violoncello lo mas distinguido de Madrid.

En casa de la marquesa de Villavieja, hubo el 11 funcion dramática, representándose la comedia, *A lo hecho pecho*, y el sainete *las Preciosas ridiculas*.

Ha habido tambien algunos bailes y cuadros vivos en casa de la señora de Hinestrosa, dirigidos por el famoso pintor Dioscoro Puebla.

La novedad teatral mas importante es una comedia de Puente y Brañas, estrenada con gran aplauso en el Teatro Español despues de la Semana Santa.

Titúlase la obra á que aludimos, *Violetas y girasoles*, y es á nuestro juicio, la mejor y mas acabada de sus composiciones.

Distinguese por la belleza del pensamiento, por el interés de la fábula, por el mérito del diálogo, y en fin, por la belleza y el oportuno contraste de los caracteres.

El señor Puente y Brañas ha querido simbolizar en *Violetas y girasoles*, el contraste entre los seres humildes y modestos que viven oscuros y desconocidos en el mundo, y los soberbios y los orgullosos que se agitan en pos del poder y de las riquezas.

Los unos encuentran grandes dificultades para salir de la tranquila esfera donde la suerte los ha colocado: los otros, por el contrario, con su osadía y con su impudencia logran remontarse á los mas altos é importantes puestos.

Tal es y tal ha sido siempre la historia de la humanidad; tal es y tal será eternamente el destino de los grandes y de los pequeños; de los poderosos y de los desvalidos.

Mas para que no se desalienten las violetas, para que no confíen demasiado los girasoles, conviene que el filósofo y el autor dramático presenten á los ojos del público el triunfo del mérito y de la virtud sobre la incapacidad y el vicio.

Esto es lo que ha hecho el señor Puente y Brañas, y su cuadro tiene cuantas condiciones es posible exigir.

Primero ofrece á nuestros ojos, el joven laborioso y honrado, el escritor probo é inteligente que aspira á hacer fortuna por medios lícitos y nobles. A su lado vemos una doncella bella y honesta, inicuamente despojada de la herencia que le pertenecía legítimamente, por un pariente criminal y avaro. Este y su hermana, vieja é intrigante coqueta, son los girasoles. La accion de la comedia, complicada con interesantes episodios y cómicos detalles, se reduce al descubrimiento del papel que prueba los derechos de Maria á la fortuna de su padre sustraída por el tío, y á la vergüenza y el castigo de este.

El recurso puesto en práctica para este fin es nuevo é ingenioso, y hace honor á la imaginacion del señor Puente y Brañas.

Tambien se ha estrenado con éxito en el mismo teatro, una comedia imitacion del teatro antiguo, titulada: *Amar á ciegas*.

Nada menos que tres compañías de ópera funcionan: la del Real, la de la Zarzuela y la del Teatro de Madrid.

El público gusta mucho de esta clase de espectáculo.

Tambien han empezado las funciones ecuestres y gimnásticas en el Circo de Price.

Además, los teatros-cafés están concurridísimos.

Parece que vivimos en el colmo de la felicidad.

Han vuelto á resucitarse como elementos de oposicion las mantillas y las peinetas.

Las señoras han desterrado el color azul de sus trajes.

La siguiente anécdota explicará por qué.

La escena ocurre en uno de los mas aristocráticos salones de esta corte. Margarita... la bella hija de la condesa de X... sentada al piano, recorre distraída con sus dedos de rosa el teclado que responde con dulces y apagadas notas á la suave presion de su linda mano.

De vez en cuando vuelve su hermosa cabeza, y despues de ver con marcadas señales de impaciencia la esfera del reló de bronce colocado sobre la chimenea, detiene sus miradas en la puerta del salon.

De repente, en uno de aquellos momentos, su ros-

tro se ilumina con una expresion de alegría que disimula en seguida y que trata de ocultar volviendo rápidamente la espalda á la puerta, aparentando estar ocupada en hojear el cuaderno de música que tenia delante.

Motiva su alegría la llegada de un elegante pollo, que, despues de saludar cortésmente á los condes de X... dueños de la casa, y de detenerse y cruzar breves palabras con algunas personas de las que habia en los grupos que llenaban el salon, se acercó á Margarita con ademan risueño; pero apenas se fijó en ella, su rostro se contrajo, y una nube de tristeza oscureció sus facciones, antes tan animadas.

— Decididamente, Margarita, le dice, no quieres complacerme; te he suplicado repetidas veces que te pongas el traje azul que estrenastes la otra noche para asistir á la representacion de *Norma*, y no puedo conseguirlo. ¿Me quieres decir por qué te niegas á ello? ¿Acaso no le agrada al baron de N?...

— ¡No seas celoso! á quien no le agrada es á mamá...

— ¡Cómo es posible, si fué comprado por ella y decia que era precioso, elegantísimo y que te sentaba perfectamente!

— Es verdad, pero antes de ayer que lo tenia puesto, entró el general, y apenas me vió, habló al oído á mamá, que se puso muy colorada, y á los pocos momentos me dijo:

«Niña, esta tarde para ir á la Fuente Castellana ponte el traje lila;» y despues cuando estuvimos solas me encargó terminantemente que no volviera á ponerme el azul.

— ¿Pero por qué razon, si es precioso y le gustaba á ella tanto?

— Eso le pregunté.

— ¿Y qué te respondió?

— Que á pesar de ser un color realmente distinguido, todas las señoras han convenido no usarlo mas.

— ¡Qué caprichosas son las mujeres! dijo el pollo, que quedó pensativo.

Con decir que la mamá no era ministerial y que el color azul es el predilecto de una gran dama que está en Madrid desde hace poco, acabarán los lectores de descifrar el enigma.

En mi anterior revista os hablaba de un trabajo de Modesto Fernandez y Gonzalez.

La ciencia en forma de novela está muy en boga.

Oíd lo que el mismo autor ha escrito á propósito de un reciente fenómeno meteorológico:

«Los jóvenes escolares, bajo la presidencia del venerable anciano, dice en su relato novelesco, discutian un fenómeno astronómico observado aquella misma noche. La bóveda celeste se presentaba en todo su esplendor, y de repente un inmenso número de estrellas fugaces de todas magnitudes y de variados colores sorprendieron el ánimo y recordaron á las gentes la obra de la naturaleza. Era una verdadera lluvia de meteoros ó ráfagas luminosas, y nosotros levantábamos con respeto y complacencia los ojos al cielo.

¿Qué será esto? preguntaba el doctor. ¿Será por ventura aviso anticipado de una gran catástrofe, ó signo evidente de un gran castigo? Los hombres somos muy malos y los pueblos se van apartando del santo temor de Dios. Es posible que la Providencia nos envuelva en una guerra, nos amenace con una epidemia, ó nos haga sufrir todos los horrores del hambre. Recuerdo que en tiempo de Felipe II se observó en Játiva un cometa que, segun cuentan las crónicas, tenía la cabeza extendida y la cola de color azul. Entonces se pronosticó que era anuncio de peste, y así fué, en efecto. Un año despues en Zaragoza, mes de mayo de 1601, se observó tambien que habia tañido por sí sola y por su propio movimiento, la campana de Vellilla, y la poblacion toda asustada, creia presagio de trastornos, muertes ó contratiempos. Pocos dias tardó en morir el rey Don Sebastian. Yo creo poco ó nada en estas predicciones vulgares, pero á veces duda la razon y lucha la inteligencia ante la certeza de los hechos.

— Pero, doctor, Vd. que ha leído tanto y con tanto fruto; Vd. que ha viajado por Europa, siquiera fuese para felicitar á Su Santidad Pio IX en el centenario de San Pedro; Vd. que dice á todo el que quiere oírlo que los duendes, los diablillos, los agüeros, la buena-ventura y demás artes de que se vale la industria humana para engañar á las gentes, son contrarios, y lo son en efecto, al espíritu y decisiones de la Iglesia. ¿Cómo nos indica Vd. la posibilidad de que los fenómenos de la naturaleza tengan alguna relacion con los males de los hombres, de los pueblos ó de los gobiernos?

— Ya sé que la ciencia astronómica explica los fenómenos con marcada sencillez, y es causa de que nos produzca mayores maravillas la obra de la creacion, pero á veces despues de las auroras boreales y de los eclipses, sobrevienen acontecimientos imprevistos en la historia de las naciones.

— En ese caso, doctor, los volcanes, los terremotos, las inundaciones, las tempestades, el huracan y el granizo, seria anuncio seguro de revueltas sin cuento.

— Ahora recuerdo que estando en Roma á felicitar al virtuoso Pio IX, tuve ocasion de conocer al padre Sechi, director del Observatorio astronómico, y á quien consideran los doctos como un sabio. Me preguntó si era español, y habiéndole contestado afirmativamente en lengua latina, me dijo:

— Tiene Vd. noticia de don Antonio Aguilar y don Miguel Merino, astrónomos del Observatorio de Ma-

drid, de don Francisco de Paula Marqués y del ya difunto don Saturnino Montojo, directores que han sido del de San Fernando?

— No, señor.

— No me extraña que Vd. no los conozca, como le sucederá á la mayoría de sus compatriotas. En el extranjero se sabe lo que valen; y lo mismo en París que en Londres, en Roma que Washington, gozan de gran reputación como hombres de ciencia. Estuvieron algunos de ellos con nosotros y con los astrónomos extranjeros en el Moncayo y en el desierto de las Palmas para observar el eclipse del año 1860.

— ¿No ha visto Vd., doctor, ninguno de esos escritos?

— No recuerdo.

— Pues si le he regalado á Vd. los excelentes *Anuarios* del Observatorio.

— Como la vista me va faltando, no he podido hojearlos.

— En uno de ellos el señor Merino trata de las *estrellas fugaces*, que tanto nos maravillan esta noche. Allí consigna el hecho que no transcurre día natural alguno sin que surquen la bóveda celeste un número variable de ráfagas brillantes y efímeras, silenciosas, rectas, curvas u ondulantes y de colores ó matices distintos. Esa lluvia meteórica, abundantísima, que hoy observamos, se observó también en 1766, 1779, 1832 y 1866, y los escritores Arago y Humboldt citan la aparición de estrellas fugaces en periodos y pueblos antiquísimos, así como las describen los autores árabes y los poemas de la India. De consiguiente, puede Vd., doctor, conservar sin recelo alguno la tranquilidad de espíritu que acompaña á todo buen cristiano. »

Hasta aquí Modesto Fernandez. ¿No es verdad que tiene un modo en extremo agradable de enseñar?

— Ahora están muy en boga en la literatura esta clase de trabajos.

— No sólo los asuntos científicos, sino los filosóficos, políticos y sociales son objeto de predilección.

Pereda, el escritor montañés, á quien ya conocéis, ha publicado con el título de los *Hombres de pró*, una colección de cuadros preciosos.

Ved la pintura que hace del diputado en Madrid.

« Don Simon de los Peñascales, cuenta, como todo diputado, y á mayor abundamiento ministerial, recibía por docenas y cada día, las cartas de sus amigos y electores, y en todas ellas le pedían algo estos apreciables caballeros, desde un destino hasta un besugo; desde una recomendación para el otro mundo hasta la colocación de una nodriza (1). Porque á un diputado se le considera en su distrito capaz de los imposibles, y por ende se le cree, y se le hace, el mejor y mas barato agente de negocios en Madrid. El de nuestra historia, que creía darse importancia correspondiendo á tantas y tan raras exigencias, destinaba dos días de la semana á aquellas que tuviesen que ver con los centros oficiales, y encomendaba las de mas baja estofa al cuidado de doña Juana.

¿Era de ver lo que pasaba en los ministerios cuando don Simon entraba en ellos, á las horas marcadas por los ministros para recibir á los diputados, cargado de pretensiones y atacados sus bolsillos de memorias?

Sus compañeros que siempre madrugaban mas que él, habían caído ya sobre el terreno como nube de langosta. Uno quería un gobierno de provincia para su hermano; otro una alcaldía de la isla de Cuba para sí mismo; otro un juzgado para su pueblo; otro una administración de aduanas para un primo arruinado por la causa de la libertad; otro la destitución de un funcionario próbo que se oponía tenazmente á ciertas pretensiones de su familia; otro un ascenso; otro una cátedra... en fin, por pedir, se pedía allí hasta la luna, y el ministro, ó el subsecretario, en su deseo de complacerles á todos, teceaba sin cesar sobre los botones de las campanillas, á cuya música iban apareciendo los altos empleados que podían entender en aquel cúmulo de solicitudes.

— Es imposible, se oía decir en un lado. No hay plaza vacante.

— Pues créela usted.

— No lo consiente el presupuesto.

— Haga Vd. un cesante en tal parte.

— Es un empleado antiquísimo é inteligente.

— Mi recomendado es un consecuente liberal.

— Tiene siete hijos.

— Que los mande á una casa de caridad.

— *En fin*, le complaceremos á usted.

— ¿Y de qué procede esa cantidad que se reclama?

— De inicuas cesantías sufridas en tiempos de gobiernos reaccionarios.

— No es bastante motivo; y aun cuando lo fuera, no estamos facultados...

— Es una friolera todo ello.

— ¿A cuánto asciende la indemnización?

— A setenta mil reales.

— Imposible.

— ¿Por qué?

— Porque no hay fondo de qué sacarlos.

— Yo digo que sí.

— ¿De cuál?

— Del de calamidades públicas, por ejemplo.

— Está agotado; y además, tenemos al clero y á los maestros de escuela sin pagar medio siglo hace.

— Y á mí ¿qué me importa? Lo que Vd. debe tener presente es que mi recomendado es el mejor agente en su pueblo de la política del gobierno, que es un incansable propagandista de ella, y que tal vez á sus esfuerzos heroicos debo yo mi elección.

— *En fin*, hablaré con el jefe y trataremos de complacerle á usted.

— Y ¿cómo va mi asunto?

— Regularmente.

— No basta eso.

— Hay un obstáculo muy difícil de vencer.

— ¿Cuál?

— El fallo del consejo de Estado, enteramente contrario.

— ¿Demonio! ¿De cuándo acá?

— Desde esta mañana. Aquí está la aprobación de su excelencia.

— ¿Es preciso que se revoque ese fallo?

— No lo veo fácil.

— Pero yo lo veo necesario. Con él se perjudican los intereses de mi familia hasta un punto que Vd. no puede concebir.

— Todo eso está bien, pero...

— No hay pero que valga.

— *En fin*, hablaré con el jefe, que, si quiere, mucho puede hacer.

Todos estos diálogos y otros muchos por el estilo, oía don Simon á su entrada en los ministerios mientras se abría paso entre aquel enmarañado laberinto de pretendientes y otorgantes; y en semejante ocasión, como era bastante novel en el tráfico, para haber perdido el rubor por completo, solían saltarle á la cara algunas chispas de él... lo cual no le impedía llegar con sus peticiones al punto en que debían ser atendidas. Verdad es que él no iba á pedir nada para sí ni para su familia; pero también es cierto que pedía para sus amigos ó protegidos, y que jamás al pedir preguntaba: ¿es justo? sino ¿es posible?

El rubor, pues, de don Simon, no dejaba de ser algo farisáico.

Pocas de estas visitas á aquellas verdaderas *casas de contratación*, necesito para conocer el *ingrediente* con que se adherían de una manera tan tenaz las huestes ministeriales al poder. Ciego hubiera sido para no verlo, y aun para no distinguir entre la nube invasora mas de un rabioso opositor que tocaba el cielo con las manos cada vez que fuera de allí, oía hablar de destinos concedidos al favor, ó del caudal de la patria despilarrado. Porque resulta que estos gobiernos populares, ya porque se les defiende, ya porque no se les pague con mucha fuerza, lo mismo necesitan ser rumbosos con sus huestes que con las enemigas.

Lo que nunca vió bien claro don Simon fue lo repugnante del papel que él mismo desempeñaba entre aquellos hombres, de cuya conducta, y con razón, se escandalizaba. Muchos de ellos no vivían, sin embargo, de otra cosa, ni adivinar les era fácil de qué vivirían cuando en el cargo cesaran, ó los suyos cayeran.

Pero él, hombre rico, mucho mas, infinitamente mas de lo que necesitaba para el sostenimiento muy lujoso, de su corta familia, ¿por qué cobraba en credenciales y en preferencias de los ministerios un apoyo á *todo trance* que daba al gobierno sin mas criterio ni mayor dignidad que si fuera un *suizo* asalariado? ¿Con que no vió siquiera que con gobiernos que en tales fuerzas se apoyan y de tal polilla son roídos, los pueblos viven de milagro!

Y no extraño que no lo viera. Merced á esos gobiernos, se plantan de un salto al poder supremo, y son dueños de echar por la ventana la casa de la nación, muchos hombres, que fuera de ella, no tienen una triste guardilla en que albergarse, y otros que, teniendo mucho mas, necesitan subir á grande altura para conseguir que alguien los contemple y acaso los envidie. Don Simon, como sabemos, era de estos últimos. En él podía la vanidad, lo que la ambición ó el hambre en otros muchos. Y si esto no fuera cierto ¿por qué habían de hacerse las elecciones á garrotazos casi siempre? ¿Por qué un diputado, cuantas mas veces lo es, con mas afán desea volver á serlo?

Pues que ¿tanto abunda en España el verdadero patriotismo que sea necesario conquistar á tiros la *moles* y el *pesar* de abandonar la propia casa y la familia y los negocios, por ir á cuidar de los del país? ¡Ah! si á los pueblos les fuera dado frecuentar los grandes centros oficiales y los pasillos del Congreso, ¿cuánto desengaño se ahorrarían, cuánto dinero... y cuánta pólvora! »

El cuadro es de una verdad desoladora.

Como ven mis lectores, á pesar de las complicaciones políticas, que todo lo perturban, la literatura española sigue su camino progresando de una manera notable.

No terminaré mi revista sin daros cuenta del incendio del templo de Santo Tomás, uno de los mas notables de Madrid.

La cúpula, los altares y una gran parte de la fábrica quedó reducida á escombros.

Madrid estuvo alarmadísimo.

Os diré algo acerca de este templo:

La iglesia de Santo Tomás, tuvo su origen el siglo XVI, por el establecimiento de una cátedra de teología á cargo de los frailes dominicos de Atocha, en una casa de la calle de su nombre, que luego se convirtió en convento. Aceptó el patronato de esta fundación el famoso conde-duque de Olivares, y se puso la primera piedra del templo que hoy vemos destruido, en 1635.

Mucho tiempo duró la obra, y aun no concluida en 1656, se habilitó como iglesia la nave en tanto que continuaban las obras del crucero á cargo de Manuel Torija algunos años despues, y mas tarde bajo la dirección del famoso Churriguera y de sus hijos que no la terminaron hasta 1726.

Apenas concluida, se desplomó la cúpula, pereciendo, según Baena, mas de ochenta personas en el siniestro. Y reedificada en seguida se consagró la iglesia en 1733 por fray Pedro de Ayala, obispo de Avila.

Este templo era uno de los mas capaces de Madrid y de los mas frecuentados, por su situación céntrica, por las muchas congregaciones allí establecidas, y por la grandiosidad del culto que en él se rendía al Santísimo Sacramento. Las bóvedas de este templo pintadas al fresco por Juan de Toledo, Montero de Rojas y Camilo, aunque ennegrecidas, eran muy apreciadas de los inteligentes, así como los cuadros de Herrera el Mozo, Leornardi y Jordan, y las esculturas de Carmona y Rubiales que adornan sus retablos.

La caridad pública se ha encargado de la restauración del templo, y se ha abierto una suscripción que hasta ahora ofrece los mejores resultados.

Una anécdota y concluyo.

Sabido es que con arreglo á la nueva Constitución no se puede prender á nadie de noche.

Como de todo se saca partido, hé aquí el diálogo reciente que acaban de contarme.

UN ALCALDE.

Abra Vd. la puerta.

EL DUEÑO DE LA CASA.

¿Quién es?

— La autoridad.

— Me amparo de la Constitución.

— Traigo un auto del juez.

— Sí, pero es de noche.

— No señor, que es de día.

— Para mí siempre es de noche porque soy ciego: así pues, no soy prendible.

JULIO NOMBELA.

Madrid 30 de abril de 1872.

### La erupción del Vesubio.

La última erupción del Vesubio ha sido espantosa. Comenzó en la noche del 24 de abril con horrible fuerza, y con alternativas de calma y de recrudescencia cesó por fin completamente el 2 de mayo. El momento de la mayor intensidad del terrible fenómeno fue el día 26 de abril y sobre todo la noche del 26 al 27. Las relaciones que tenemos á la vista, son muchas y muy detalladas, de ellas extractaremos los siguientes pormenores:

El primer día, el 24, la erupción fue abundante y maravillosa. El 25 por la tarde, aunque decrecía, gran número de curiosos se dirigieron á Resina para subir al Observatorio y admirar de cerca ese magnífico espectáculo.

Innumerables extranjeros, napolitanos y habitantes de las ciudades y pueblos comarcas subieron al monte por el camino de Resina.

De repente se oyen formidables mugidos que hacen estremecer la tierra. Por la parte de San Giorgio, San Sebastiano y Somma se abre en el monte un gran cráter, del cual sale con extraordinaria fuerza una columna de fuego y de humo que se extiende hasta gran distancia. Perecen entre la lava muchísimas personas y otras quedan heridas. Según noticias fidedignas, el 26, á las tres y media de la tarde, el número de las víctimas llegaba á unas doscientas. Al tener noticia de tan terrible desastre el prefecto y el general Pettinengo se trasladaron al sitio en que ocurrieron esas desgracias y con ellos iban agentes de seguridad pública y soldados. Poco despues los comisionados de Torre del Greco, de Portici y de Resina pidieron á la cuestura hombres y auxilios, y en el acto se enviaron médicos, carros y hasta sillas de mano del teatro de San Carlos.

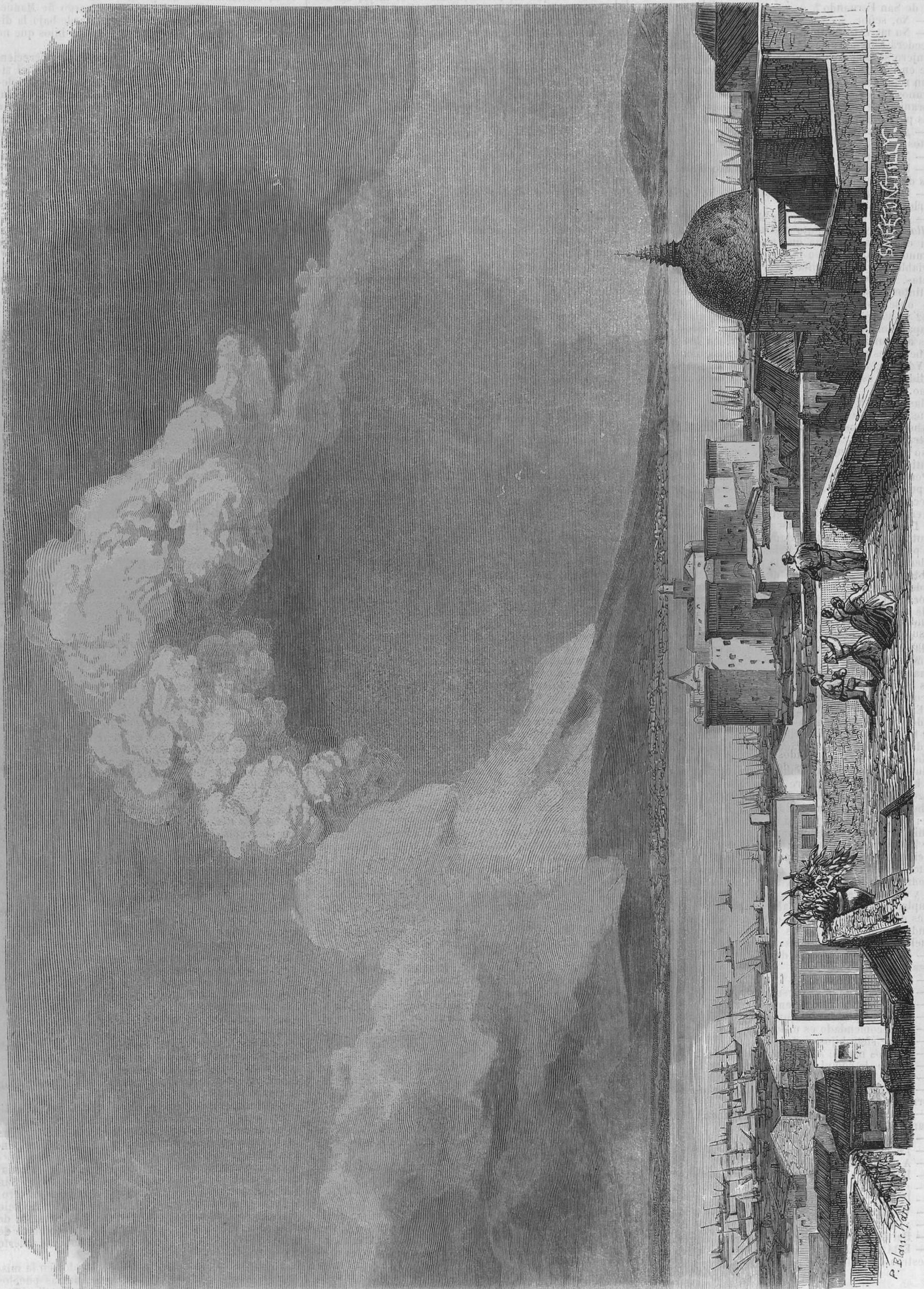
En el momento en que estamos escribiendo estas líneas, (á las cinco de la tarde) el humo se extiende por la parte de Oriente formando una vasta nube que se ensancha y se divide apareciendo blanca en unos puntos, azulada en otros y parda á mas distancia.

La lava corre, por decirlo así, á torrentes, y amenaza caer sobre Torre del Greco por un lado y sobre San Giorgio, Somma Vesubiana y San Sebastiano por otro.

De vez en cuando se oyen terribles mugidos, indicio cierto de que la tierra se abre ante esa corriente de fuego y al mismo tiempo se ve salir una columna de humo negro y espeso que es señal de haberse abierto un nuevo cráter.

Todos los habitantes de pueblos situados en la misma dirección de Portici y los de los demás pueblos que hemos citado emigran en masa; las oscilaciones que experimentan las casas les indica que se halla

(1) Histórico.



ERUPCION DEL VESUBIO. — Vista tomada desde el terrado de Santa Lucía el 26 de abril de 1872, á las cuatro de la tarde.



Maniobra militar ejecutada en Satory por el primer cuerpo del ejército de Versalles.

cerca el misterioso enemigo que los amenaza. Innumerables carros llegan á Nápoles cargados de muebles y conduciendo á las familias que huyen del peligro.

Las autoridades de los pueblos amenazados piden que se aumente el número de trenes de los ferro-carri-les, y en el acto se accede á su pretension.

En la ciudad el espectáculo presenta otro carácter. En todos los puntos elevados, en todas las plazas, delante de las Casas Consistoriales se ve una extraordinaria multitud que está contemplando el negro humo que oscurece el aire y que semeja una gigantesca serpiente doblegada á manera de arco, cuya cola llega hasta la Torre del Greco y cuya cabeza se apoya en el punto del espacio que corresponde encima de los pueblos que llevamos mencionados.

Entre Maddaloni y Toledo la multitud aguarda á los heridos, los cuales van llegando poco á poco y son trasladados al hospital de los Peregrinos. A la una han llegado diez, uno de ellos ha muerto ya y los otros se hallan en peligro de muerte. Entre los mismos hemos visto á una inglesa. Cada vez que llegan heridos, todo el mundo grita, llora y se lamenta. Los curiosos son en gran número.

Estos heridos ó mas bien quemados por la lava del Vesubio que llevaron á los hospitales presentan un aspecto horrible. Todo su cuerpo no es mas que una llaga; envueltos en lienzo, no pueden moverse y el menor sacudimiento les hace arrojar dolorosos gritos. Habiéndose abierto el suelo en dos puntos, los curiosos que habian ido á ver los progresos de la erupcion fueron rodeados repentinamente por las llamas que incendiaron un coche.

Las noticias sobre los estragos del volcan se sucedian hora por hora. Hé aquí lo que escribe un testigo ocular con fecha del 29 :

Nos hallamos en una completa oscuridad, y cae tan densa lluvia de ceniza que en el momento en que escribo, la una de la tarde, ha sido preciso encender todos los reverberos. ¿Nos espera la suerte de Pompeya? Hacia muchos siglos que no se habia visto una erupcion igual. El dia de ayer, 28 de abril, que parecia tan amenazadora, no era desgraciadamente mas que el preludio del de hoy.

De todas partes se cuentan desastres del Vesubio. En Santa Anastasia, quince leñadores han sido quemados vivos en un bosque súbitamente incendiado por escorias candentes, y en otro punto, un centenar de desgraciados solo se han salvado de la muerte, merced á la abnegacion y al valor de nuestros soldados. Estos infelices se vieron de pronto cercados por la lava en un espacio de algunos metros, é iban inevitablemente á perecer cuando nuestros esforzados militares arrojaron arena sobre el liquido ardiente, formaron con algunas piedras una especie de puente y tuvieron la dicha de salvarles.

El heroismo del corazón y el heroismo científico son hermanos. Tal vez ignoreis que el profesor Gianone ha muerto como Plinio por querer examinar el fenómeno. El profesor Palmieri no se ha intimidado por el fin trágico de su colega, pues avanza audazmente en bien de la gloria. Registra las mas insignificantes fases de la erupcion, y nadie duda que merced á su valor y al de los que le acompañan tendremos un relato circunstanciado de esta erupcion de que guardará un recuerdo la historia.

La erupcion pierde sin embargo parte de su violencia, y los habitantes de las aldeas vecinas que habian huido, vuelven para cerciorarse de sus pérdidas, y hay muchos que ni siquiera encuentran las paredes de sus casas.

En ciertos parajes la lava avanzaba como un torrente de metal fundido. Este rio de fuego tenia una altura de diez y de treinta metros de anchura; y á medida que avanzaba se veian los árboles mas robustos torcerse como sarmientos y desaparecer en el fuego. La ceniza caia como la nieve en el corazón del invierno en los países del Norte, pero esta nieve era negra, quemaba los ojos y los oídos, penetraba en la boca y producía un escozor insufrible.

La policia habia colocado de distancia en distancia algunos soldados para no dejar pasar los curiosos; molestados por la lluvia de ceniza, improvisaron albergues, han desplegado gran valor y abnegacion y muchos curiosos les deben la vida.

El terror es general: los trenes de los ferro-carri-les están atestados de gente: todo el mundo huye sin saber á dónde va, el caso es alejarse de Nápoles. A pesar de la tregua que nos concede la erupcion desde hace algunas horas, se oye el estruendo de las explosiones subterráneas y los napolitanos temen un terremoto.

La ceniza, la escoria y los pedazos de lava han llegado á distancias increíbles, pues se han visto caer hasta en Caserta. En ciertos parajes la tierra está cubierta de ceniza en un espesor de varios centímetros.

Ayer tarde se veía en medio de la lava un pequeño collado que se alzaba como una isla en el mar. Se habian refugiado allí algunos centenares de desgraciados, y la lava les cercaba por todos lados. Era imposible auxiliarles, y es preciso esperar á que se enfrie la lava; si no tienen viveres morirán de hambre.

La lluvia de ceniza ha continuado toda la noche del domingo al lunes, y continúa cayendo. El Vesubio aparecia anteayer como una masa negra surcada por inmensas llamas; hoy está completamente velado.

El espectáculo que ofrece el volcan es espantoso aun para los que lo contemplan desde Nápoles. La nube que se ha elevado y que cubre una parte del cielo, es

parecida á la que describe Plinio el Joven en su relato de la erupcion que sepultó á Pompeya : ora aparece blanca, ora oscura y con manchas, segun se compone de tierra ó de ceniza. Se pueden contar las respiraciones, por decirlo así, del Vesubio ; las bocanadas de materias que arroja se parecen al humo que se escapa de la boca de un cañon.

Los cristales de gran número de casas de Nápoles han experimentado varias conmociones ; en diferentes edificios se han abierto grietas, y durante todo el día desde los terrados y del interior de las casas se han oído formidables mugidos.

Delante del hospital de los Peregrinos hay mucha gente para ver á los heridos y á los muertos que van llegando. Entre los primeros hay uno quemado desde los piés hasta la cabeza ; está envuelto en una sábana y lanza gritos que desgarran el alma. Otro se halla próximo á espirar ; su vestido está intacto, pero tiene el rostro como una escarlata y parece como que acaba de salir de una caldera hirviendo.

Por fin, el día 30, comienzan á circular mejores noticias. Sin embargo, con esa fecha dicen que es por desgracia demasiado cierto que San Sebastiano ha quedado completamente destruido. La lava ha arruinado las dos terceras partes de ese pueblo y la otra tercera parte tampoco subsiste ya. Otro tanto puede decirse á poca diferencia de Massa di Somma, aunque el desastre que ha experimentado no es tan grande.

Los daños que han sufrido los campos son incalculables ; no se tiene aun exacto conocimiento del terreno cultivado invadido por la lava, pero si se sabe que esta ha cubierto una superficie de una extension de mas de seis kilómetros. Parte de la lava, aunque muy poca, ha inundado sitios incultos y cubiertos por lava de otras erupciones. La lluvia de materias incandescentes arrojadas por el volcan ha causado grandes destrozos en un extenso radio al rededor de Nápoles, de modo que los campos cultivados, unos han quedado devastados del todo y otros han sufrido considerables perjuicios. Los agrónomos no se hallan de acuerdo sobre las consecuencias de la lluvia de cenizas que el viento ha impelido hasta la frontera del Estado romano, pues que unos hablan de ella como de un verdadero azote y otros como de un gran bien teniéndola estos últimos por un abono caído del cielo.

En vista de tan cuantiosas pérdidas, se trata de hacer todos los esfuerzos posibles para allegar socorros, los cuales, sin embargo, por muchos que sean, no llegarán á ser mas que una gota de agua arrojada al mar. El Consejo provincial ha votado con ese objeto una cantidad de 120,000 francos, manifestando sentir no poder dar mas, y el rey ha entregado de su bolsillo particular la suma de 120,000 francos. Se han puesto á disposicion del alcalde 40,000 francos. El ministro del Interior y el de Obras públicas han dado respectivamente 40,000 y 20,000 francos.

Además se va á abrir una suscripcion pública, á cuyo fin se ha organizado ya una comision que tal vez no consiga reunir tantos recursos como sería de desear.

Entre tanto la erupcion del Vesubio ha entrado ya en su periodo descendente. La columna de fuego que sale del volcan ha disminuido de una manera notable. Los sacudimientos son ya menos fuertes y no causan daños. La ceniza que cubria los campos desaparece poco á poco, gracias á la abundante lluvia que acaba de refrescar la atmósfera.

Los habitantes de los pueblos que corrieron peligro regresan ya á sus hogares y todo va reponiéndose otra vez en su estado normal.

El profesor Palmieri ha anunciado que la fuerza de la erupcion va disminuyendo por momentos. Los instrumentos de fisica del Observatorio no experimentan ya variaciones. La elevacion mayor á que llegan las escorias lanzadas por el volcan es de 500 metros.

Algunos geólogos creen que el interior del globo contiene una masa de materias metálicas en fusion ; que ese mar candente tiene como el Océano su flujo y reflujo, y que esas mareas subterráneas se hallan sometidas como las mareas del mar á la influencia, ó mas bien, á la atraccion de la luna.

Sabido es que las grandes mareas ocurren en los plenilunios y que van disminuyendo hasta el último cuarto de luna. La marcha que ha seguido la erupcion justifica al parecer la mencionada hipótesis.

El dibujo que publicamos está tomado el 27 de abril en el terrado de Santa Lucia, y ofrece una exacta representacion del espantoso fenómeno que durante muchos dias ha ocupado sobremanera la atención pública en Europa.

R. S.

## Los campamentos

DE LAS CERCANÍAS DE PARIS.

Desde principios de mayo se observa una grande animacion en los campamentos situados en torno de Paris, en donde tienen efecto grandes maniobras militares. Nuestro dibujo representa uno de esos ejercicios, el que acaba de ser ejecutado por el 1.º cuerpo, contra la division de caballería de Versalles, que figuraba el enemigo.

Este, que se suponía procedente de Chartres por Orsay, Dampierre y Chevreuse, tiene intencion de flanquear la izquierda del 1.º cuerpo y de hacer un esfuerzo sobre la aldea de Bièvre, á fin de interrumpir las comunicaciones con Paris.

El comandante del 1.º cuerpo, general Montaudon, advertido de aquel movimiento, manda tomar las armas á sus tropas y las sitúa desde Minière hasta Bièvre. Sorprendido por este movimiento adelante, el enemigo detiene su izquierda y su frente, que establece sólidamente en Guyaucourt, Villaroy, Toussus, Orsigny y Villeras ; pero continúa por su derecha, bien reforzada, el ataque contra las posiciones de Bièvre. Es el momento elegido para principiar la maniobra.

El enemigo ataca la derecha del 1.º cuerpo para disimular su verdadera intencion ; pero dirige todos sus esfuerzos sobre Bièvre.

En este instante la 2.ª division, situada á la derecha de la linea de batalla, le obliga á abandonar su ataque, y por consiguiente á retirarse, tomándole las posiciones ocupadas por su centro y su izquierda, y amenazándole con cortar su linea de retirada.

Una parte de este movimiento representa nuestra lámina : el 45.º de linea se apodera del caserío de Villaroy, y muy luego le sostiene á su derecha el 135.º, habiendo la artillería preparado bien el ataque.

El enemigo cede, y el 45.º de linea le persigue para hacer la demostracion de que hemos hablado sobre su linea de retirada.

La linea de batalla cubria una extension de legua y media.

L.

## Revista de Paris.

En la última semana el consejo general del Sena se ha ocupado mucho de una cuestión que interesa vivamente á los parisienses. Se trata de construir en Paris caminos de hierro subterráneos. Veinte miembros del consejo habian recibido el encargo de examinar este importante asunto, y el resultado de sus tareas acaba de ser presentado en un informe que comprende 32 grandes páginas de impresion, concluyendo en favor del establecimiento de una primera red de ferro-carriles metropolitanos.

Cuatro grandes secciones abraza el proyecto : la primera, del bosque de Boulogne á las estaciones de Vincennes y de Lyon ; la segunda, del boulevard de Sebastopol al ferro-carril de Cintura, en la orilla derecha ; la tercera, de este mismo ferro-carril en la orilla izquierda, hasta el ferro-carril de Orleans ; y la última, entre el boulevard Saint-Michel y el ferro-carril de Lyon.

Es un conjunto gigantesco.

Inmediatamente se empezarán las obras de la primera seccion, que atravesará los bulevares interiores.

El prefecto, M. Leon Say, expuso con gran copia de razones en un largo discurso, todas las ventajas de la realizacion del plan, y con este motivo dió curiosas noticias sobre el movimiento de la circulacion, y el coste y la construccion de las vias subterráneas que se proponen.

A fin de facilitar esta circulacion creciente, dijo el prefecto, se abrieron en tiempo del imperio bulevares y avenidas que costaron de 30 á 40 millones de francos por kilómetro.

La administracion actual no puede permitirse empresas tan colosales ; y sin embargo, necesita satisfacer las exigencias de la circulacion, y necesita tambien mantener una industria considerable establecida en Paris, cual es la de las construcciones.

Para cubrir esta doble necesidad se proponen las vias subterráneas, que sin duda costarán mucho dinero, mas la experiencia de Lóndres ha probado que se hallará tambien la remuneracion.

Se hará un túnel de grande seccion como los de los ferro-carriles ordinarios, que costará 9.800,000 francos por kilómetro ; y exigirá un producto de 300,000 francos por kilómetro, producto que puede esperarse con seguridad, en razon á que los rendimientos de la circulacion dentro del recinto de Paris varían de 60,000 francos á 400,000 francos por kilómetro.

M. Leon Say piensa que se debe tomar la corriente de la circulacion en donde ya existe, en vez de tratar de crearla en otra parte ; y por esta razon es de parecer que se principie por ejecutar la linea de los bulevares interiores.

Muchas sesiones ha ocupado el consejo en ventilar esa interesante cuestion, habiéndose hablado mucho en pro y en contra.

En una de ellas, M. Callou, presidente de la comision, dió explicaciones que merecen ser conocidas.

Principió por decir que en el exámen que se ha hecho de los proyectos presentados, descartaron desde luego como impracticables los ferro-carriles á flor de tierra y los ferro-carriles aéreos.

La comision se decidió por el tipo del ferro-carril subterráneo.

Dos trayectos principales se hallaban en presencia, á saber : el de los bulevares interiores y el de los exteriores.

En el primero, la corriente de la circulacion anual puede calcularse, con arreglo á la poblacion, en 760,000 viajeros, y en el segundo en 730,000, de modo que la diferencia es insignificante.

Sin embargo, no se adopta el trayecto de los bulevares exteriores, en razon á que el camino haria un círculo en lugar de seguir la linea recta, lo que sería desagradable para los viajeros y suprimiria la ventaja principal de todo ferro-carril, que es la de ganar tiempo.

A las objeciones técnicas formuladas contra el trazado por los bulevares interiores, M. Callou responde de este modo :

Este camino, desde la estacion de Versalles (orilla derecha) hasta la Bastilla, tendria en su totalidad 4,654 metros, y se dividiria en varias secciones por medio de estaciones descubiertas, colocadas de distancia en distancia para disimular lo largo de los túneles.

Del punto de partida hasta el teatro del Gimnasio, en donde habria una abertura de 125 metros, el túnel tendria 1,600 metros de largo ; 900 metros del Gimnasio al Château d'Eau, donde la superficie abierta sería de 300 metros ; y, finalmente, 1,600 metros de la plaza del Château d'Eau á la de la Bastilla.

La longitud mayor del subterráneo sería de 1,628 metros, y la ventilacion podria operarse perfectamente.

En Inglaterra han llegado á ventilar túneles de 3,300 metros, por medio de ventiladores enormes, que tienen hasta 15 metros de diámetro.

El ingeniero M. Vuillemin se encarga de destruir todos los gases procedentes de la combustion, y de establecer una ventilacion suficiente, que, sin embargo, no produciria en el interior de los túneles, sino una corriente de aire apenas sensible.

En suma, á juicio de M. Callou, la construccion de las lineas subterráneas en Paris no presenta ninguna dificultad invencible.

Hasta aquí las razones en favor del proyecto ; veamos las que se dan en contra, algunas de ellas seguramente muy dignas de tomarse en cuenta.

M. Felix Dehaynin, propone que en lugar de la via que se proyecta, se emprenda otra en todo el trayecto de los bulevares exteriores, con ramificaciones á los mercados, al Palacio de Justicia y al Luxemburgo.

Esta linea pondria en comunicacion á todas las estaciones de Paris. Además, desde hace muchos años, se está pidiendo un ferro-carril subterráneo para los mercados, el cual sería mucho mas útil que el del boulevard de los Italianos, donde no hay mas que una circulacion de ociosos y donde abundan los medios de transporte.

Los ferro-carriles son buenos para las distancias largas, no para las cortas que recorren con facilidad todos los coches.

Otro miembro del consejo, M. Vauthier, refuta las soluciones técnicas sobre el problema de la ventilacion de los subterráneos.

En el túnel del Monte Cenis, no obstante los aparatos de ventilacion, los obreros han sentido los efectos del aire viciado y ha habido muchos casos de muerte repentina.

La compañía del camino de Lyon ha prescrito ciertas medidas que deben tomarse al pasar por determinados túneles, y aconseja á los maquinistas que empleen receptáculos de aire para evitar la asfixia. No está pues, resuelta definitivamente la cuestion, y al parecer de M. Vauthier, sería una insigne locura el emprender la obra de la travesía subterránea de Paris.

Los partidarios del proyecto no se dan por vencidos ; antes al contrario, insisten en las facilidades de construccion y en las incontestables ventajas del proyecto.

M. Dupuy dice que en el metropolitano de Lóndres hubo en 1863, nueve millones de viajeros, y en 1871, ha habido cuarenta y dos millones.

M. Alphand, hombre de los mas competentes, manifiesta que no hay que hacerse ilusiones, que los medios de locomocion son hoy insuficientes en Paris, y es preciso buscar un remedio.

Los tramways no constituyen un instrumento de transporte bastante perfeccionado, y luego no dan mas de un 50 por 100 sobre la traccion animada, en tanto que el vapor da de 80 á 90 por 100 con una velocidad mucho mayor.

Conociendo los usos y costumbres de los parisienses, dice que es imposible establecer ferro-carriles que circulen por las calles y que en cuanto á los caminos aéreos, levantados en arcadas, destruirian el hermoso aspecto de Paris. No hay en qué escoger, es preciso adoptar la via subterránea.

Un inconveniente ofrece el plan, y es que se va á entregar á los ingenieros esa magnífica via de los bulevares para hacer la experiencia del camino. Pero el boulevard tiene 16 metros de ancho, se consagrarán 5 á la zanja á cielo abierto y siempre quedarán 11 para la circulacion.

Sobre este punto M. Allain-Targé, pronuncia un bonito discurso diciendo que todo el movimiento intelectual de París se halla concentrado en los bulevares, y que es preciso guardarse ante todo de descontentar á los que los frecuentan. Los hombres que acostumbran á pasar tantas horas del día y de la noche en ese lugar privilegiado clamarán contra la administracion municipal y sus quejas encontrarán eco.

Sea como quiera, nada de esto hace mella en los defensores de la via subterránea; á ese inconveniente contestan con un argumento de utilidad general: el tráfico de la compañía de los omnibus por los bulevares asciende á 425,000 fr. por año y por kilómetro, y el ferro-carril en esa direccion, dará el feliz resultado de dejar algo mas libre la via pública.

Por fin, el prefecto M. Leon Say insiste nuevamente en favor de la idea, y no concibe la oposicion tan tenaz que despierta en diferentes miembros del consejo. No quiere que se acuse á su administracion de no haber hecho nada, quiere al contrario, dejar su huella en la historia de las mejoras y de las grandes obras de París.

Su insistencia concluye por vencer todos los obstáculos, y el consejo general aprueba el proyecto.

Tendremos pues, el ferro-carril subterráneo.

Todo lo que concierne á París nos interesa naturalmente en estas revistas.

En otro orden de cosas ha surgido tambien esta semana otra cuestion de grande importancia para la historia.

Desde hace algunos dias, la comision militar, presidida por el mariscal Baraguay d'Hilliers, instituida para averiguar las causas á que deben atribuirse las capitulaciones de las plazas fuertes que durante la guerra se entregaron al enemigo, está publicando sus informes que, generalmente, envuelven una censura muy acentuada contra los defensores.

Esperábase el informe sobre la capitulacion de París; y con efecto, se ha publicado tambien; pero aquí la comision militar se ha declarado incompetente.

« El consejo de informacion,

Considerando que despues del combate de Buzenval que se dió el 19 de enero de 1871, el general Trochu fué reemplazado en el mando del ejército de París por el general Vinoy;

Considerando que el gobierno de la defensa nacional dió con fecha del 25 de enero de 1871 á M. Julio Favre, uno de sus individuos, plenos poderes para ajustar los convenios relativos á la ciudad y al ejército de París, así como á la guardia nacional, y para firmar un armisticio general para proceder á elecciones en Francia con el fin de convocar una Asamblea nacional;

Considerando que el convenio ajustado el 28 de enero de 1871, en el que se estipulaba por una parte entregar al enemigo los fuertes exteriores de París con su material de guerra y el desarme del recinto, y por otra parte que las guarniciones (ejército de línea, guardia nacional móvil y marineros) de los fuertes de París quedasen prisioneros de guerra, excepto una division de 12,000 hombres reservada para el servicio interior de la plaza, no lleva mas firmas de plenipotenciarios franceses que la de M. Julio Favre, delegado del gobierno de la defensa nacional;

Que el anexo á dicho convenio de fecha de 29 de enero de 1871, para el cumplimiento del convenio de 28 de enero, así como el convenio adicional de 15 de febrero de 1871, solo llevan la firma de M. Julio Favre;

Considerando que resulta de estos diversos documentos comunicados al Consejo que los generales Trochu y Vinoy no intervinieron absolutamente en nada bajo el concepto militar en la capitulacion de París, pues si el 28 de enero el general Trochu era aun presidente de la defensa nacional, no desempeñaba ya el cargo de gobernador de París, y que por otra parte el general Vinoy, comandante en jefe del ejército de París, no fué llamado ni consultado, ni estampó su firma en un documento redactado fuera de su autoridad y responsabilidad;

Considerando que la capitulacion de París se verificó á consecuencia de un tratado ajustado por el gobierno de la defensa nacional y que si cada cual puede emitir una opinion sobre este gobierno de hecho, no pertenece al Consejo elogiarlo ó censurarle por sus actos;

Por todos estos motivos el consejo se declara incompetente para dar su dictámen sobre dicha capitulacion. »

Al leer esta evasiva, la sorpresa de todos ha sido grande. La capitulacion pudo ser un acto fatal, irremediable; pero ¿no fué el gobernador de París el que llevó las cosas á ese extremo? ¿No le cabe ninguna responsabilidad por su direccion de la defensa durante el sitio? Sobre este punto no puede haber duda: las operaciones militares en aquel largo período son seguramente de la competencia de la comision, y se debía esperar sobre ellas una opinion razonada. Los parisienses que tanto han sufrido y con tanta abnegacion en aquel larguísimo período, tienen derecho para saber por qué fueron inútiles sus sacrificios. No se puede aceptar esa declaracion de incompetencia de la comision militar en lo que toca á París, cuando el consejo se ha pronunciado tan categóricamente sobre todas las demás, y hay muchos oficiales que en su consecuencia

han perdido sus grados, y un mariscal de Francia se ve obligado á comparecer ante un tribunal de guerra.

En la misma Cámara este mismo movimiento de la opinion pública ha encontrado eco, y el diputado M. Haentjens ha presentado una proposicion, pidiendo que la Asamblea autorice á la comision de informacion para que examine « bajo el punto de vista militar » la capitulacion de París y los hechos de armas que la precedieron durante el sitio.

La Cámara votó seguidamente la urgencia, y es de creer que dará la autorizacion, sin miramientos de ninguna especie. No decimos mas por hoy, esperando ese primer resultado, que será el principio de la satisfaccion que se merece la opinion pública.

Poco tenemos que decir esta semana relativamente á los teatros.

Se han estrenado algunas obras; pero en suma, todas ellas son insignificantes.

Quizás recuerdan nuestros lectores que el teatro del Ambigu se halla reducido á buscar escritores que no pertenezcan á la sociedad de autores dramáticos, que ha cortado todas relaciones con la empresa. La situacion es imposible, y el empresario llegará á comprender que no le queda otro remedio que entrar en avenencia si quiere poner á salvo sus intereses.

El drama llamado histórico, que ha puesto en escena esta semana con el título de *el Rey de las Escuelas*, nos sugiere esa reflexion, pues á la verdad no puede imaginarse nada mas descabellado y singular que esa elucubracion firmada por M. W. Harris.

No nos detendremos en analizar tan extravagante argumento, cargado de inverosimilitudes, de falsedades históricas sin motivo ni excusa en la accion del drama, y de sorpresas risibles á fuerza de ser absurdas. Y justamente trata de una época, agotada digámoslo así, por los autores dramáticos y por los novelistas, la época de Catalina de Médicis, y por lo tanto conocidísima, hasta de los que menos han saludado los libros de la historia propiamente dicha.

Un escritor y crítico de gran talento, M. Amadeo Achard, ha dado, en colaboracion con M. Eugenio Bourgeois, al teatro de Cluny, una comedia en tres actos, titulada *Las tiranías del coronel*, que, seguramente, habria obtenido un éxito lisonjero, si no tuviese esta obra analogías sobrado palpables con *el Suplicio de una mujer*, que se representa ahora en la Comedia Francesa.

El autor nos dice que su comedia estaba escrita mucho antes de que saliera á luz esta última; pero sea como quiera, lo cierto es que esa similitud de argumento quita á la obra todo su mérito. Sin embargo, la protagonista de M. Achard es una pecadora imaginaria, que se salva á tiempo; en tanto que la de M. E. Girardin es una mujer culpable que no puede esperar en el mundo justificacion de ninguna especie. Es una diferencia esencial que debe tenerse muy en cuenta, pues ella da á *Las tiranías del coronel* un fondo de moralidad que falta completamente en la otra obra. En su desempeño se distingue particularmente el actor empresario M. Larochele.

En los demás teatros siguen las representaciones que conocen ya nuestros lectores, y es probable que en la estacion en que estamos ya, no se renovararán mucho los carteles.

MARIANO URRABIETA.

### Poesía.

#### LA CARITEÑA.

(Conclusion.—Véase el N° 1,010).

#### VII.

En una profunda hoya  
Que en *Monte-Grande* (1) se halla,  
Dos sombras de pié se miran  
Por la oscuridad veladas;  
Pues densas nubes esconden  
Las luces del cielo varias,  
Y solo el lampo indeciso  
De la luciérnaga pasa,  
Como fosfórica chispa  
Que sobre las tumbas vaga.  
A tan augusto silencio,  
Mústia soledad y calma,  
Responde agreste en la yerba  
El chirrido de las ranas  
Y el monótono mugir

(1) Banco rural de Cabo-Rojo.

De la escondida quebrada,  
De súbito por el bosque  
Un disparo se dilata,  
De las selvas conmoviendo  
La silenciosa enramada,  
El sordo rumor que deja  
El zumbido de una bala.  
« ¡ Muerto soy!... » á cuyo acento  
Que infunde terror al alma,  
Las aves despavoridas  
Cruzan el aire á bandadas,  
Batiendo aligero el cuervo  
Sus negras hediondas alas,  
Con sus tétricos graznidos  
Asustando á la comarca.  
Al golpe de un azadon  
Que un hondo sepulcro cava,  
Sucede el raudo galope  
De un corcel que rompe vallas,  
Y en las nieblas de la noche  
Se pierde como una ráfaga.  
¡ Y fué una tumba el final  
De una costumbre bastarda!

#### VIII.

Algunos meses pasaron  
Desde la trágica historia  
Que viuda en el mundo deja  
A tierna y sentida tórtola.  
De tristes, altos bambúes  
A la dulcísima sombra,  
Modesto hogar se divisa,  
Nido de un ave que llora  
A orillas del *Guamani*,  
Eden de su infancia hermosa  
Y cuna do se mecieron,  
Entre lirios y amapolas,  
Las ilusiones risueñas  
Que el amor primero brota.  
¡ Pobre Aminda! tú que ayer  
Sonreías orgullosa,  
Al mirar tu imágen bella  
Del *Guamani* en las ondas;  
Tu hermosura ¿ qué se hizo?  
¿ Por qué no sientes ahora  
En esas vegas hoy mústias,  
Los perfumes de Pomona,  
Que á fuentes, yerbas y flores  
Le regalaba tu boca?  
Tus gracias ¡ ay! ¿ qué se hicieron?  
¡ Volaron como las hojas  
De un árbol seco al impulso  
De tormenta asoladora!  
¡ Sin tu amor eres tan solo  
Pálida flor sin aroma!  
¿ Qué esperas del mundo, di,  
Pobre, desvalida y loca?  
El bien que lloras ausente,  
¡ Ah! ¡ ya por tu mal no torna!  
Y fijando la mirada  
Del *Guamani* en las ondas,  
« Allí está, dice, á los brazos,  
» Ven de tu casta paloma,  
» Y no á morir la condenes  
» Como en solitaria roca,  
» Aye huérfana del mar  
» Que arrastran luego las olas, »  
¡ Así la infeliz Aminda  
De Luis la presencia evoca  
En su razon que febril  
Le finje do quier su sombra!  
Todo en misterio quedó;  
Pues según libres consejas  
Hubo un duelo y una tumba  
De *Cabo Rojo* en las ferias.  
Y cuentan que allá en el sitio  
Donde la fosa se abriera,  
No ha vuelto á graznar el cuervo,  
Ni albergue buscó en la selva;  
Oyéndose alguna vez  
Cuando ya la noche impera,  
De « Luis y Aminda » los nombres  
Que á los viajeros aterra.

RAMON MARIN.

Fiestas en Nantes,

Á BENEFICIO DE LA OBRA DE LA LIBERACION DEL TERRITORIO.

Lila comenzó, Cambray siguió al poco tiempo, y el 21 de abril la ciudad de Nantes contribuía también á

esa obra tan meritoria de la liberacion de la patria, organizando una cabalgata-torneo, que constituye el objeto del artículo y la lámina que en este número publicamos.

Esta fiesta patriótica habia atraído á la ciudad de Nantes un crecido número de forasteros.

El cortejo salió del boulevard Delorme, á las once y media, precedido de un destacamento de gendarmes.

El primer carro era el del Trabajo, en el cual el arquitecto M. Cruzy habia reunido los atributos de la agricultura, de la industria y del comercio, que coronaba una colmena, perfecta imagen de una nacion vigilante y laboriosa.

Seguian otros tres carros que simbolizaban el Pasado, el Presente y el Porvenir de la Francia.

El primero era el carro de las Glorias nacionales,

nombres de los que han caído victimas de su denuedo y de su amor á la patria.

Es una obra verdaderamente grandiosa y que respira inspiracion artistica y ardiente entusiasmo.

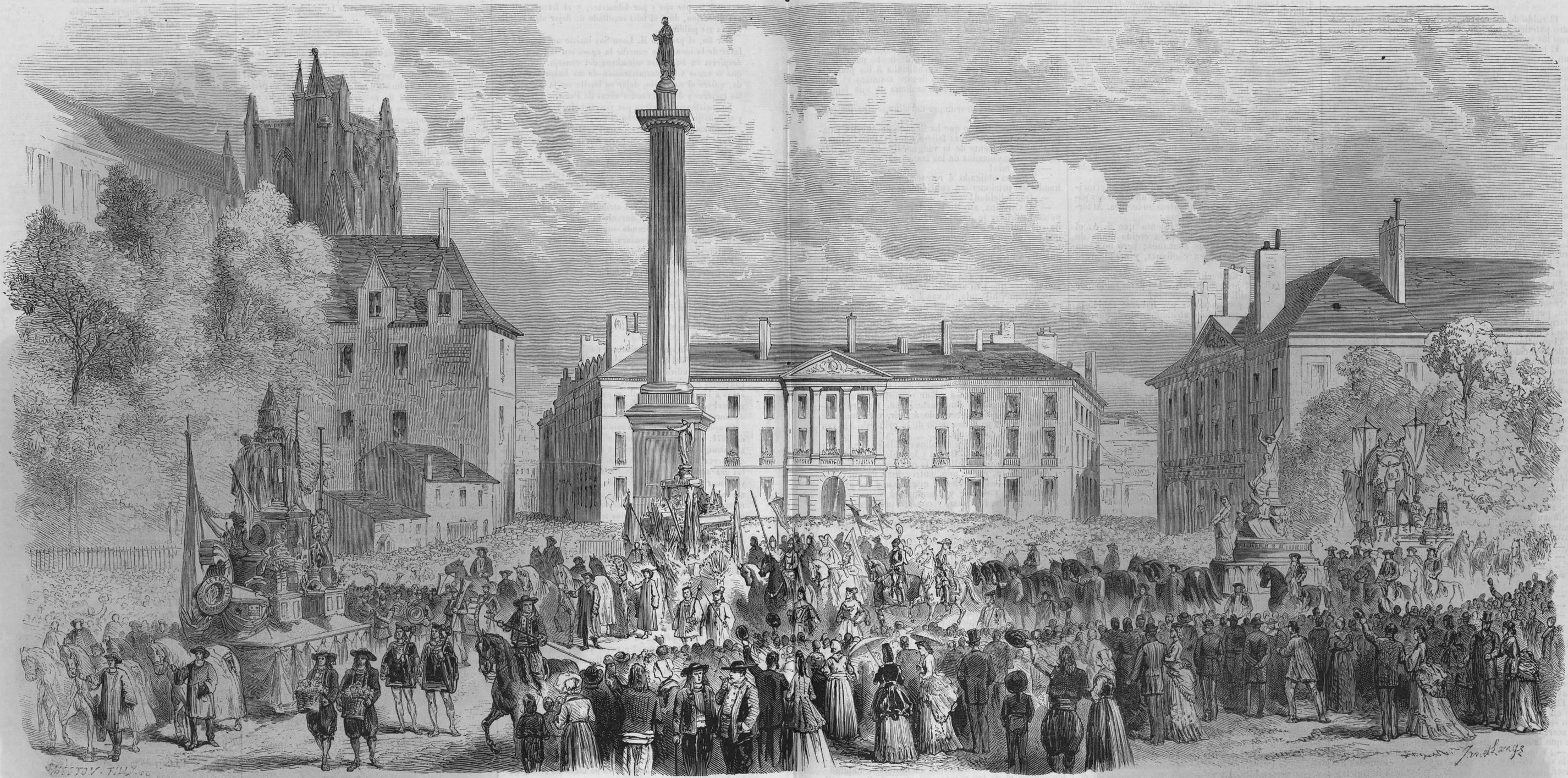
Finalmente, despues de una bonita imagen de la Agricultura, cerraba la marcha el carro de la Renovacion, esto es, el Porvenir. M. Lenoir, arquitecto, trabajó en esta obra, así como también M. Baujault, es-

tatuario, autor de la *Juventud* que adornaba el carro, de los graciosos genios del arco de follaje que la rodeaba, y de la *Fama* del carro de las Glorias de la Francia.

Los soldados del 93º de linea pedían á los lados de la larga fila del cortejo, unos presentando el bolsillo á la gente de la calle, y otros subiendo con una vara una bolsa hasta el piso principal y segundo de la casa.

Los muchachos que llenaban el carro de la Renovacion vendian igualmente á beneficio de la obra, ramilletes de flores y una poesia relativa á la cabalgata, compuesta por la señora de Morin.

En el cours Cambronne se hizo el primer alto, porque se habia dispuesto el lugar en campo cerrado para carreras de sortijas, saltos y otros ejercicios. Las señoras de la ciudad que habian sido nombradas jueces



Fiesta patriótica en Nantes á beneficio de la obra de la liberacion del territorio, el 21 de abril de 1872.

construido por los dibujos de M. Eugenio Picou. Todo él estaba adornado con trofeos de armas y banderas, coronados con la estatua de la Fama, que publicaban los altos hechos de las ilustraciones de la edad media, que cabalgaban detrás: Allain-Barbe-Torte, el vencedor de Questembert; Beaumanoir y sus treinta compañeros; Juana de Montfort y Juana de Penthièvre.

Ana de Bretaña, Duguesclin y Oliverio de Clisson, que el buen condestable estimaba tanto.

Delante marchaba la banda de música del 93º de linea, y detrás de la cabalgata histórica los abanderados de la ciudad.

Seguia inmediatamente el Carro de la Francia enlutada (el Presente), la obra capital del cortejo.

Los arquitectos Bourgerel y Montfort, dirigieron esta obra. El grupo es debido á un buen escultor de Nantes, M. Grottaers, y representa á la Francia sostenida por un genio, elevando una antorcha en los aires: á sus pies la Alsacia y la Lorena desoladas; Nantes tendiendo las manos á la muchedumbre para implorar la caridad, y detrás un genio inscribiendo los

de los juegos, distribuyeron premios á los vencedores. La ceremonia se terminó en la plaza de la Duquesa Ana, con un bonito torneo.

Esta fiesta patriótica, bastante criticada antes de su ejecucion, no ha merecido despues mas que alabanzas.

Fué lo que debia ser, no una ocasion de regoci-

jos, sino un recuerdo y una esperanza. Así lo comprendió la muchedumbre. Ante el carro de las antiguas Glorias de Francia un noble orgullo hacia palpar los corazones; ante el de la Francia enlutada, todo el mundo se descubrió, y la imagen de la patria mutilada y sangrienta embargaba las almas con un dolor cruel y una legitima cólera. Por último, el carro de la

Renovacion se contemplaba con impaciencia y con una entera fe en el porvenir.

El efecto moral ha sido inmenso, y el resultado material, á pesar de los gastos tan considerables, muy importante.

L. C.

## El Rosario de Haydn,

## EL CANTO DEL CISNE.

(Conclusion. — Véase el número 1,010).

El ruido de los carruajes vino á cambiar aquel cuadro patético y sublime, digno de trasladarse al lienzo con los sombríos colores de Rembrandt.

El príncipe se puso en pié: los soldados hicieron un movimiento general que ocasionó el choque de sus armas contra el suelo, y al eco que produjeron, Carolina cerró sus ojos, soltó un ¡ay! y pareció vencer todo su cuerpo fuera del pasamano de la vidriera, agitando sus brazos como un cisne que quiere lanzarse á los aires; pero el príncipe, que conoció todo el peligro, se arrojó rápidamente sobre ella, y merced á sus hercúleas fuerzas, pudo sostener por el extremo de sus largas vestiduras á la imprudente y honestísima doncella, que por conservar su honor se había lanzado á la muerte, como una paloma á un cielo sereno en que volar. Por fin el milano se había apoderado de su presa.

Cuando la colocó en medio del aposento, Carolina permaneció inmóvil. Su frente aparecía mística como la de una azucena tronchada, y su cuerpo pesado como el de un cadáver.

— Dejarme solo, gritó el príncipe con voz destemplada á sus atónitos soldados; guardad las entradas de la granja, y apoderaos de uno de esos coches para trasladar á Carolina á mi castillo; ¿lo habeis entendido? Llevaos tambien todas esas antorchas.

Retirábanse los alemanes, y el último de ellos cerraba ya la puerta del torreón, dejándolo oscuro y desierto, cuando por una puerta secreta labrada en el espesor del muro, se adelantó un hombre ó una sombra, pues tal parecía, embozado hasta los ojos, á la claridad de la sola linterna que traía en una mano, y con la que alumbró la estancia tenebrosa.

El príncipe se puso en pié y echó mano á la espada: el desconocido había examinado con la linterna el rostro pálido de la jóven desmayada, y colocando su mano sobre el corazón de aquella hermosura exánime, parece que trató de convencerse si su venida debía ser solo á pedir satisfacción honrosa ó á tomar una horrible venganza. Todo esto fué obra de un momento para el extranjero misterioso, el cual colocando en seguida la linterna junto á Carolina, sacó su acero con desembarazado continente, y se puso á oportuna distancia de su contrario, sin descubrir su rostro, antes bien subiendo el embozo y bajando las alas de su sombrero hasta el punto de tocarse, y dejando solo una línea en cuyo fondo oscuro relucian dos carbones encendidos.

El príncipe sintió un involuntario pavor al verse frente á frente con un personaje aparecido por encanto, sombrío, mudo y terrible como los diablos que Hoffman hace intervenir en sus cuentos. A fuer de valiente y de resuelto, ó mejor dicho de enamorado, tuvo valor para preguntarle:

— ¿Qué quieres?

— Tu vida, le replicó el desconocido.

— ¿Me propones un desafío?

— A muerte.

— ¿En qué te he ofendido?

— En lo que mas estimo. ¡En mi amor!

— Según eso, ¿eres su amante?

— Soy... su penador.

— No te comprendo.

— Defiéndete, y sobre mi cadáver te contaré mi historia.

— Puedo perderte; mis guerreros...

— Acaba de persuadirte que te han abandonado, dijo, y abrió las puertas y le hizo seña para que mirase los largos corredores desiertos y toda la granja en el mayor silencio.

El príncipe giraba de uno en otro aposento llamando en voz alta y sin recibir mas respuesta que el último sonido de sus palabras que el eco repetía; volvió á acercarse al extranjero, y le preguntó con un acento en que la ira no tenía su mejor parte:

— ¿Y quién los ha hecho abandonar á su jefe? ¿Habeis sido vos el que los ha comprado y el que les ha enseñado que era mas lucrativa y honrosa la traición que la lealtad?

— Defiéndete, repito, puesto que no tienes ya otro apoyo que tu espada, ni mas compañero que tu brazo.

— ¿Quién eres, hombre fatal?

— La justicia de Dios. El ampare la buena causa.

Acercóse entonces rápidamente á su encuentro, y presentándole la punta de su acero delante de los ojos, obligó al príncipe á que parase con el suyo. Comenzó la lucha, los golpes redoblaron, y á pocos acometimientos cayó á tierra uno de los combatientes, el otro, desembozando el rostro de la capa negra que le ocultaba, y arrojando lejos de sí el sombrero que le ceñía la blanca cabellera, y envainando la espada se arrojó apasionadamente sobre el cuerpo de Carolina, á la que amorosamente decía:

— Idolo de mis pensamientos, vuelve en tí; es tu padre, es tu buen amigo, el cariñoso anciano que veló tus primeras noches de amor; el pobre padre, sí, que te enjugó tus primeras lágrimas, es tu Haydn, tu viejo Haydn el que te llama, el que te desea para su consuelo, el que te necesita para su felicidad.

El príncipe de Schwartzemberg, á quien la sangre de una herida que había recibido en la frente, ofuscándole la vista le había hecho caer en tierra, repuesto de su primer asombro se levantó de repente, y buscando por el suelo su espada, parecía dispuesto á emprender una nueva y mortal contienda.

— ¿Conque sois vos? gritó al apoderarse de su arma. ¿Conque he sido tan ciego que he confundido á Haydn con el demonio, y su debil puño me ha hecho retroceder como la fuerza del rey de los infiernos? Luchemos ahora que os conozco, y que sé que no tenéis nada de Satanás. No os cedó el botín, sino después de ganar la victoria.

Mientras esto decía, Haydn el músico prodigaba mil cariñosas caricias á su amada Carolina, y se mesaba lastimosamente los cabellos, y suspiraba como un delirante por la hija adorada de su corazón. Entonces fué cuando por la misma escalerilla secreta de la torre fueron saliendo otros varios personajes, y el resplandor de las teas que llevaban algunos montañeses alumbró con un resplandor brillante la estancia que había servido de campo de duelo.

Levantóse Haydn respetuosamente al ver aparecer caballeros. Reclinaron á Carolina en su lecho, y dos damas que venían entre ellos acudieron solícitas á socorrerla.

El oficial de la guardia entregó un pliego al príncipe de Schwartzemberg, é hizo seña á un montañés para que acercase el hachón mientras su lectura. Al terminarla pronunció estas palabras:

— ¿Conque estoy depuesto? Siento que S. A. el príncipe de Esterhazy no me haya creído digno de mandar sus compañías de alemanes; pero no sé en quién depositará mejor su confianza, y me alegraré conocer á mi sucesor.

— El baron de Kurbech.

— ¿Kurbech? ¿el proscrito?... ¿el perseguido por los tribunales militares de Alemania?

— El mismo: perdonado ya por haberse sabido la verdadera causa que le hizo abandonar sus banderas; y el que en este momento marcha al frente de un ejército aguerrido á derramar su sangre por su patria, para lavar con ella la mancha que recayó en su nombre.

— ¿Kurbech? Pero S. A. no sabe que al deponerme de mi empleo no me ha quitado el derecho de exigir una satisfacción personal, é ignora que he jurado la muerte de ese rival dichoso.

— Solo puedo decir, que, para evitarlo, tengo entendido que está ya firmada la orden de vuestro perpetuo destierro.

— ¿Qué dices? ¿Y quién se atrevería á presentármela?

— ¡Yo! pronunció una dama saliendo del gabinete de Carolina y presentándosela al príncipe con noble y despejado ademán.

— ¡Mi esposa!

— Voy á dejar de serlo. Os di un nombre ilustre, y vos lo mancillais; os confié la felicidad de mi vida, y vos me haceis la mas desventurada de las mujeres.

— ¡Princesa!

— Sí, yo he solicitado ese destierro, porque al menos, ya que sea infeliz, quiero vivir respetada, y vos me afrentais y me exponéis á la befa del pueblo con vuestras demasias amorosas, por no decir con vuestros atentados escandalosos é infames; sí, no retracto mis palabras; porque infamia es perseguir al esposo y amante favorecido, por obtener con la violencia y la traición el cariño de una mujer que os aborrece, y escándalo el seducir tan abiertamente y á la cara de vuestros soldados la honestidad de una jóven indefensa.

— ¡Ah!

— En uno de esos carruajes vais á partir con la escolta suficiente. Adios, pues, y él os haga arrepentir de vuestros errores.

El príncipe obedeció como maquinalmente á la indicación que le hizo el capitán de la guardia para que le siguiese; el lenguaje de la verdad había penetrado en su corazón, y la voz de una mujer que tambien había adorado cuando jóven, y que le había entregado sus titulos y su corazón, su grandeza de nombre y de cariño, le hirió tan penetrante en su alma, que el remordimiento hizo enmudecer todas sus pasiones, y la vergüenza callar todas sus quejas. Siguió pues al oficial de la guardia, y á poco se oyó el carruaje que partía velozmente. La princesa entró entonces en el aposento de Carolina, á quien encontró amorosamente abrazada á su padre, como la hiedra cariñosa que se enlaza á la encina caduca que la ha nutrido y alimentado...

## VIII.

## UN DIA FELIZ DE LA VIDA.

La luz del nuevo sol penetraba ya por los cristales del aposento de Carolina, cuando esta despertó del sueño tranquilo y reparador que había restaurado sus fuerzas; brillaban ya sus ojos como dos estrellas, y en

sus pálidas mejillas el placer y el consuelo habían derramado sus invisibles colores, dando á su tez la transparencia de un cristal y la frescura de una roja clavellina.

— Amigos míos, exclamó al verse rodeada de Haydn y de la princesa de Schwartzemberg; ¿no habeis descansado por mi causa?

— Antes no, querida mia, la contestó con dulcísimo acento la dama compasiva. La felicidad es el sueño mas hermoso de la vida. Vuestro padre, aunque anciano, ha sido el mas feliz de los hombres al veros fuera de peligro y restituida á sus brazos. Estoy segura que jamás habrá descansado tan bien como esta noche.

— Teneis razon, señora; las horas han volado para mí como la memoria de un placer perdido. Me siento fuerte con mi alegría y descansado con mi esperanza. Vos sois la única que ha padecido.

— Sí, no os lo puedo negar. Al separarme del hombre á quien tanto he amado, he deshecho para siempre el último lazo que me encadenaba á los placeres de la tierra; pero en cambio llevaré conmigo el consuelo de haber contribuido á la dicha de una familia respetable.

— ¿Y Kurbech? prorumpió Carolina, entre temerosa y agitada.

— El último correo que ha llegado de nuestro campo nos ha traído las mas felices nuevas. Puesto inmediatamente al frente de la vanguardia, ha acometido los puestos avanzados de los franceses.

— ¡Dios mio!

— Y los ha obligado á retroceder diez millas, ganando 500 prisioneros y cubriéndose de gloria.

— ¡Qué felicidad!

— Sí, Carolina, añadió la princesa. S. A. el príncipe de Esterhazy le ha abrazado cordialmente delante de sus banderas, y lo que mas os debe consolar es que por ahora no se hallará expuesto á tan inminentes peligros, pues se ha confiado el mando de la vanguardia á otro jefe de distincion, y Kurbech ha pasado á la misma capital de Viena á cuidar de sus reparos y abastecimientos y á reglamentar los cuerpos de montañeses que han acudido dentro de aquel recinto.

— Así que, hija mia, tú vas á partir con esta señora á una quinta de su posesion, en donde esperarás el resultado de la próxima campaña.

— ¿Abandonaros otra vez?

— Pero ahora es por consejo de tu padre y por su gusto. Yo soy querido y respetado en Alemania; mi granja es una fortaleza que no se atreverán á invadir. Pero tú eres hermosa y jóven; esposa de Kurbech, debes seguir su próspera suerte y consolarle en su adversidad. Si vencemos, volveréis á mi compañía, ó nos iremos juntos á Viena á pasar el resto de nuestros días; si el ejército de Bonaparte invade nuestra capital, Kurbech se verá precisado á huir, y el punto de reunion será la casa de campo de la princesa. Ahí van nuestros salvo-conductos.

— Noche y día tendré caballos ensillados, y ya están avisados los amigos de Haydn y los míos en Inglaterra, para que nada os falte de lo que podais desear.

— Pues bien, padre mio, entregadme de nuevo mi prenda; tengo esperanzas de que así nos volveremos á ver pronto, y de que vos vendreis á reclamármela.

— Sí, tómalala, hija mia, y con ella mi bendicion... Sacó el rosario de su pecho, le suspendió de la blanca garganta de Carolina, imprimió un beso en su frente y exclamó:

— Yo era viejo y débil, pero conozco que Dios no ha apartado de mí su mano protectora, pues aun me concede un día tan feliz en mi vida.

Pocas horas despues salía de la granja el otro carruaje conduciendo á la princesa, á la baronesa amiga de Haydn y á su querida Carolina. Ralek y Berta las saludaron desde el porton de la torre; Haydn desde su alta claraboya seguía con sus ojos arrasados de lágrimas el coche veloz que solo divisaba entre la nube de polvo, como un punto negro y movable. El pobre músico agitaba al viento un pañuelo blanco, como en señal de despedida y de paz; hasta que por último, no distinguiendo por el camino sino la oscura densidad del ambiente, dejó caer los codos sobre la ventana, y la blanca cabeza sobre las manos, y soltó un ¡ay! tan triste y penetrante, que Berta y Ralek, que aun permanecían en la puerta, alzaron la vista y descubrieron al anciano convulsivo que entonaba con voz descompasada, hueca y aguda un canto tierno y lastimero.

— ¡La Virgen nos asista! exclamó Berta santiguándose.

— ¿Cómo? ¿De qué proviene tu asombro?

— ¡La prediccion de Zoroam el Moro se verá cumplida! ¿No oyes ese canto que en lo dulce é indefinible semeja el de los pájaros celestiales? ¡Pues es el Canto del Cisne!

— ¿Y bien?

— ¡Ay de nuestro buen amo y ay de Viena entonces!

## IX.

## EL CANTO DE HAYDN.

Dos dias despues y en el gabinete del torreón solitario, tenía Haydn con Berta la hechicera el siguiente diálogo:

— ¿Y Ralek no ha vuelto de Viena?

— No, señor.  
 — ¿Y no ha llegado ningun aviso de su parte, ni de Carolina?  
 — De nadie.  
 — Déjame solo.  
 — Señor, os veo hoy muy afligido y postrado. Dos años que no habeis cogido la pluma en las manos, y hoy os habeis llevado toda la mañana escribiendo.  
 — ¡Ah! Berta, ¡las de ahora han sido notas mas lúgubres que las que escribí en otro tiempo! Antes era mi fantasía creadora; hoy lo es la miseria de mi naturaleza. Aquellas las componia soñando en revestirme con la naturaleza de los ángeles; estas las he redactado pensando en la fragilidad de los hombres. En fin, he escrito mi testamento.  
 — ¡El testamento! ¿Y por qué habeis de pensar ahora en los que os sobrevivan, cuando vos estais para durar aun muchos años?  
 — ¡No, no me hago ilusiones! Y aun si te he de decir la verdad, á ti que segun dicen tienes medios para adivinarla, soy supersticioso en extremo, y lo que me ha contado Ralek...

— ¿Ralek?...  
 — Sí; de una prediccion del moro Zoroam.  
 — ¿Con que os ha referido la historia que le conté el otro día?  
 — No ha podido resistir á mis súplicas. Le veia tan triste en mi presencia, que desde luego cogí que me ocultaba algun secreto doloroso. ¡El pobre Ralek me ama como un niño á su madre, y me confesó que se afligia por mi suerte, porque creia cercano el fin de mi gloriosa carrera!  
 — ¡Qué imprudente!  
 — No; me hizo un bien inmenso. Yo me habia olvidado con las grandezas de la vida de las miserias de la muerte: me ha hecho mucho bien porque me ha dado tiempo para reconciliarme conmigo y para conformarme con la idea de perecer, y de acabar para los hombres. ¡Yo que habia deseado ser inmortal! Conque dí, Berta, ¿tú das crédito á esa profecía? No temas afligirme.

— Señor, Zoroam leia en los astros del cielo.  
 — ¿Y predijo durante mi vida la pérdida de Viena y la invasion de los franceses en mi querida patria?  
 — Sí, señor, y que el canto de un cisne melodioso precederia tres dias enteros al cumplimiento de su prediccion terrible.  
 — ¿Y la voz de mi pobre cabeza delirante os ha recordado un canto inexplicable que os parece deberia ser el de un cisne?  
 — Así es la verdad.  
 — Y ya van trascurridos tres dias en cuanto acabe el sol que nos alumbraba, de modo que hoy debe ser la toma de Viena y mi...  
 — Callad y no pronuncieis esa palabra. Bien sabe el cielo que esta es la única ocasion en que Berta daría la mitad de su vida para que no se cumpliera la profecía de Zoroam.

A este punto llegaban, cuando sintieron pasos en la escalerilla de la torre y apareció Ralek. Haydn se sonrió y le alargó la mano; el bohemio se la besó con respeto, y viendo que esperaba las noticias que traía, comenzó á decirle:

— Las damas han llegado al palacio adonde fuimos á suplicarlas que os diesen los salvo-conductos. Carolina ha proseguido su marcha y llegado á la quinta de la princesa, despues de haber tenido en Viena una conferencia con su esposo, en la que han quedado convenidos de su reunion en cualquier evento. La capital está en la mayor consternacion: las tropas francesas acampan á dos millas. Su formidable tren de artilleria asesta sus tiros á las casas de los alemanes, y de un momento á otro se espera la rendicion de la plaza, ó se la amenaza de destruir sus cimientos á cañonazos.

— Bien, Carolina se salvará: Dios respetará los dias de su esposo para que la proteja. Viena caerá entre el polvo, y yo seré el cisne que llora su muerte anticipada. ¡Ay de mí! ¿Escuchais?

— Una descarga de artilleria.  
 — ¡Patria querida! segunda explosion. La sangre de mis hermanos se derrama: el fuego asola sus hogares: los extranjeros van á encadenar sus hijos, y á ultrajar el lecho de sus esposas. Maldicion á la Francia. ¡Ah! dejadme, dejadme.

— Señor.  
 — Maestro, padre.  
 — Dejadme, os digo. ¡Oid, ese cañon destroza mis entrañas: es la patria que me dió el ser que se desploma, es la cuna de mis primeros años la que se encharca en sangre! ¡Dejadme, me siento inspirado! Un rayo de luz aquí en mi mente... Un rayo de fuego... aquí sobre mi corazon... ¡Salvad, oh Dios, á mi patria!

Y así murmurando, con acelerados pasos se abalanzó al piano, sentóse en él, y empezó á ejecutar un aire tristísimo y marcial, lastimoso y sublime, eco de sus profundas sensaciones. Sus manos trémulas giraban rápidas sobre el teclado sonoro; sus ojos sostenian en sus pestañas dos lágrimas de fuego, y su voz robusta, pero aguda y dolorosa, soltó un canto vibrante y dulcísimo, que hizo exclamar de nuevo al bohemio y á la hechicera que le miraban absortos:

— ¡El canto del cisne!...  
 Haydn permaneció poco despues en silencio, porque el estruendo de los cañonazos habia cesado; pero de repente una nueva descarga le hizo saltar de su asiento y entonar aun mas tristemente:

— ¡Oh, Dios mio! librad de la Francia á mi patria y á nuestro emperador.

Cada cañonazo era un golpe de muerte que retumbaba en el corazon del infeliz y apasionado artista. Sus manos iban perdiendo su pulsacion fuerte y rápida, sus ojos se amortiguaban y ocultaban entre sus blancas pestañas su consumida lumbre, como dos ascuas que se apagan entre cenizas, su cabeza se iba inclinando sobre su pecho, hasta que por último su canto se convirtió en un quejido, y el quejido en un ¡ay! punzante, y el ¡ay! en un eco imperceptible, al que siguió el ruido sordo de un cuerpo que cae.

Ralek y Berta acudieron aterrados. Haydn pronunciando las dulces palabras de patria y amor, habia caido muerto sobre las teclas de su antiguo piano, del compañero de sus vigiliias, del amigo de sus pensamientos, del consolador de sus penas. Haydn murió, siendo el cisne que lamentó la ruina de Alemania; su canto fué el himno glorioso de su pais querido y conquistado. Con efecto, el ruido del cañon francés aceleró su muerte. Haydn oyó los quinientos cañonazos que disparaban sobre su querida ciudad, pues su jardín estaba situado á una milla de Schebroum, que era donde estaba situada la armada de Napoleon. Su alma habia volado á su primitiva cuna, y aun sus helados dedos sacaban del piano admirables acordes. Inútilmente quisieron desprenderle de allí: una fuerza galvánica parecia encadenarle á aquel instrumento favorito: su cadáver habia encontrado su verdadera caja mortuoria. Berta y Ralek poblaron los salones con su llanto y sus ayes; pero el ángel no respondió, porque habia olvidado ya las voces del mundo, y gozaba entre los espiritus del Señor de la armonia de sus conciertos celestiales.

Segun las noticias de los oficiales que terminaron las campañas, se sabe que Kurbech, despues de sostener su reputacion de esforzado y de derramar su sangre por su patria, habia pedido su retiro para Inglaterra, y que allí vivia con Carolina, recordando la torre de amores y el cariñoso padre y amigo que habian perdido.

Las dos damas de la corte favorecedoras y entusiastas del ilustre compositor, habian abandonado la corte, y solo por el verano acudian á la torre misteriosa á derramar sus lágrimas sobre el lecho de muerte de su perdido amigo.

Ralek seguia recorriendo las aldeas, pero en vez de sus antiguas baladas entonaba una triste canción, que titulaba *el Canto del Cisne*, y que hacia derramar lágrimas á los sensibles alemanes, que recordaban con orgullo el gran nombre del ilustre compatriota y protector que la muerte les habia arrebatado.

Berta murió, y aun cuentan que repitiendo tambien aquella música terrible que tanta impresion les habia hecho á todos: *el Canto del Cisne*.

GREGORIO ROMERO LARRAÑAGA.

### El conde de Aranda (1).

Porque figuró mas como político que como militar, y por su marcada influencia en las novedades de sus tiempos, nos extendemos en su vida mas que en la de otros generales. Hay que presentarle tal como era y preferir el juicio de sus contemporáneos que le conocieron mejor, al de autores que despues nos le han pintado como cuadraba á sus fines y opiniones.

Cuando vió la luz don Pedro Pablo Abarca de Bolea en 1º de agosto de 1719, en el castillo de Siétamo, principal solar de su linaje paterno, á dos leguas de Huesca, le esperaban nobles ejemplos que imitar de sus ascendientes, elevados desde el siglo XVI á la grandeza. Su padre, el noveno conde de Aranda, hizo muchos sacrificios en bien del Estado, sin excusar los personales; y en la generacion mas próxima á su madre doña Josefa Pons de Mendoza, se encontraba con su honrado y erudito abuelo el conde de Robres, que dejó sin publicar la mejor narracion histórica de la primera época del reinado de Felipe V, y con su hermano el teniente general don Miguel Pons de Mendoza, uno de los héroes de la guerra de sucesion.

Desde la cuna todo se lo encontró don Pedro preparado para un gran porvenir. Con los timbres y honores de su casa, le esperaban como á su heredero, hasta veinte y tres títulos de Castilla y Aragon, todos ellos con estados mas ó menos ricos, ocho señoríos sin título y varios mayorazgos mas sin señorío (2), que componian entre todo cerca de 100,000 duros de renta. Poco se sabe de la infancia de don Pedro Pablo,

(1) Capítulo XLVII sacado de la *Coleccion de biografias de capitanes generales del ejército español*, obra inédita de don Jacobo de la Pezuela, de la Academia de la Historia.

(2) Los condados de Aranda y Castellflorado. Los marquesados de Torre, Villamant y Rüpít. Los vizcondados de Biota, Rueda y Folch. Las baronías de Garru, Siétamo, Clamosa, Eripol, Trasmóz, La Mata, Castilviejo, Antillon, Almolda, Cortes, Gorva, San Ginés, Rabobillet, Orcan y Santa Coloma de Farnés. Los señoríos de Alcaslaten, Rodillar, Maella, Mesones, Tinsana, Villaplana, Taladrell y Villadron.

porque, aunque se ha hablado mucho de él, su vida no se ha escrito. Tradicion es que fué vivo y travieso y de audacia tan temprana, que un día, de menos de siete años, se fabricó unas alas de carton é intentó volar con ellas desde una ventana, y que ese antojo le causó al caer la dislocacion de una rodilla.

Solo consta que, pareciéndole á su padre menos propio para la carrera militar que para trabajos de diplomacia y gabinete, siendo de fisico apocado, al paso que de viva comprension é indole altiva que se acomodaba mal con la obediencia, le llevó á los diez años de edad al Seminario de Bolonia, instituto de gran fama entonces en Europa, por la sabiduria de sus profesores y la variedad de su enseñanza.

Cerca de ocho años permaneció allí don Pedro Pablo cursando latinidad y matemáticas, aprendiendo el italiano y el francés, historia y geografía. No se perfeccionaria mucho en aquellos idiomas, cuando porcion de autógrafos escritos en el suyo, que se conservan en el archivo de Simancas, carecen de propiedad y correccion.

Aprendió bastante latin para salpicar luego con dichos de clásicos sus cartas y aun sus conversaciones, y mejor la historia y la geografía, y adquirió tambien nociones de fortificacion, táctica y ordenanzas militares, desde que en la última época de su permanencia en aquel colegio se decidió á ser militar, luchando con la voluntad paterna.

Algun tiempo despues de regresar á Zaragoza y á Madrid cedió su padre á sus deseos, obteniéndole en 17 de junio de 1740 plaza efectiva de capitán de granaderos del regimiento Inmemorial de Castilla, que luego se llamó del Rey, y del cual era el conde coronel en propiedad, por haberlo reemplazado á sus expensas algunos años antes. Compréndese que con tanta ventaja, propia entonces de los privilegios de los grandes, emprendiese su carrera; pero que á tan próspero comienzo acompañase en un mismo despacho el grado de coronel, favor fué inusitado hasta en tiempos en que se consideraba tanto el nacimiento.

Era don Pedro Pablo entonces imberbe y pequeño joven de menos de cinco piés, sin que creciese luego; de regulares facciones, de corva y gruesa nariz, algo moreno y cari-largo, pelo castaño oscuro, ojos grandes y pardos, cuyo mirar afeaba el estrabismo del derecho; y de tan bronca y gruesa voz que parecia salir de mayor cuerpo que el suyo. Por lo demás, ágil y vigoroso y muy diestro en el baile, equitacion y esgrima: que de todo se aprendia en Bolonia.

Se incorporó pronto á su regimiento de guarnicion en Barcelona, conservado por su padre en la disciplina y buenas tradiciones en que le dejaron sus predecesores el conde de Charny y don Sebastian de Esclaba; pero murió el conde de Aranda casi de repente al emprenderse la guerra con el Austria y cuando ya estaba destinado con Castilla al ejército de Italia en los primeros dias de enero de 1742.

Como el fénix, de entre las paternas cenizas, se transformó entonces don Pedro en coronel propietario del Inmemorial, recibiendo su mando en real despacho del 23 del mismo mes y al heredar todos sus títulos y estados.

Nobles fueron sus primeros pasos en la carrera que emprendia, posponiendo los cuidados domésticos á sus deberes militares; porque estimulado por su ambicion y su amor propio, sus cualidades mas características, no demoró su marcha á Italia la desgracia de su padre. Desembarcó con sus batallones el 8 de febrero en Lerice, en la costa de Toscana, y á su cabeza siguió los movimientos del ejército de Montemar, que acabó de reconcentrarse en Bolonia el 17 de mayo.

Sabido es que despues del mando de un ejército en campaña y de una plaza sitiada, no hay en la milicia funciones mas complicadas y mas árdas que las del coronel de un regimiento; y si lo son en tiempo de paz, hasta para jefes expertos y maduros, mas tuvieron que serlo entre las marchas y azares de la guerra para un joven de dos años de carrera. Escasean las noticias de su aprendizaje militar; pero fueron justas las notas con que le conceptuaba entonces el inspector de infanteria en la hoja de servicio de Aranda que hemos examinado en Simancas.

(Se continuará.)

### La Nueva Caledonia.

(Continuacion. — Véase el número 1,010).

El puerto de Huagap está situado á unos 75 kilómetros sudeste de Ubathe, cerca del cabo *Touo* y de la embocadura del rio *Tiuaca*, mas ancho que el Sena de Paris, dice el *Journal officiel*, lo cual es exagerado, pues el punto en donde la marea baja cesa de ser su agua dulce, tiene 63 metros entre las dos orillas paralelas, esto es, la mitad menos que el Sena.

Los grandes rios son imposibles en una isla de tan poca anchura. El *Diaot de Bondé*, que es el único que tiene cierta importancia, la debe á un valle longitudinal y paralelo á la longitud de la isla.

Afortunadamente hay compensacion, y si son raros los grandes rios, en cambio se cuentan muchísimos arroyos, importantes todos para la agricultura, y algunos hasta navegables.

La vegetacion se ha exagerado tambien mucho, y el

exagerar una cosa le hace perder el valor que en realidad posee. ¡Cuántos exploradores se han desalentado por esa sola razón!

Mis ocupaciones técnicas me han proporcionado ocasión de seguir paso a paso las experiencias de los agricultores, y he visto que, sin realizar las quiméricas perspectivas de algunos escritores, se pueden lograr excelentes resultados prácticos, ateniéndose a los tres términos de la agricultura tropical, á saber: *azúcar, café y algodón*.

Bajo el concepto de la geografía antropológica, se ha clasificado á la Nueva Caledonia en la de las tres grandes divisiones oceánicas, que, con el nombre de *Melanesia*, ocupa el inmenso espacio comprendido del Norte al Sur, entre el ecuador y el 45° de latitud; y del Oeste al Este entre el 110° y el 180° de longitud oriental de París.

Esta division encierra una parte de las islas que forman la *Australasia* de los ingleses y las *Australkykladas* de los alemanes.

Otros mas competentes discutirán el fundamento que tienen esas diversas clasificaciones relativamente á la tierra que nos ocupa: las investigaciones sobre

el origen de los pueblos oceánicos presentan dificultades ante las cuales han debido retroceder los viajeros mas eruditos.

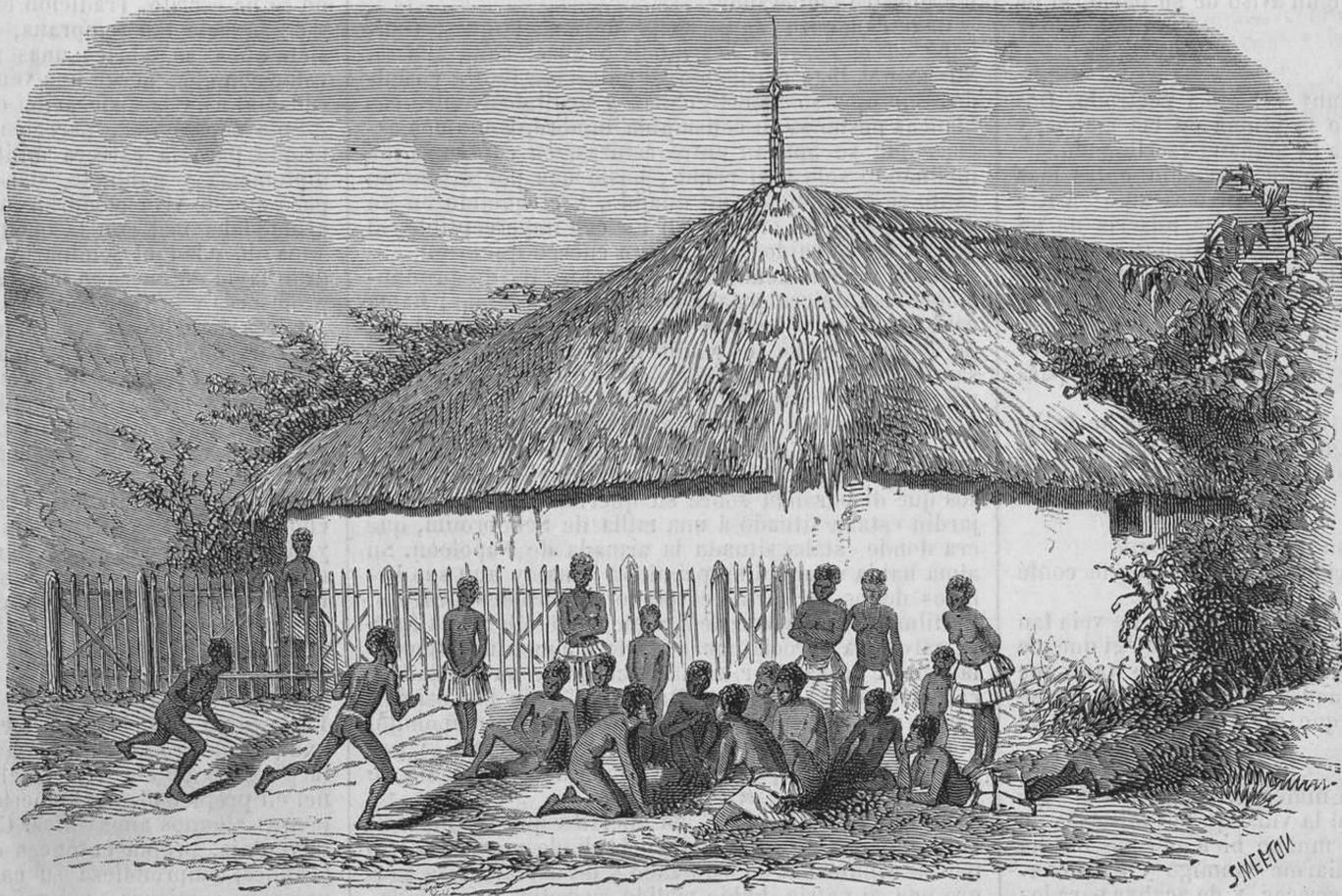
Me concretaré, pues, á reproducir aquí los apuntes menos hipotéticos de mi cartera, sobre la poblacion autoctona neo-caledonia.

espacio inmenso que separa á la Nueva Caledonia de la Papuasias, como han pensado algunos viajeros.

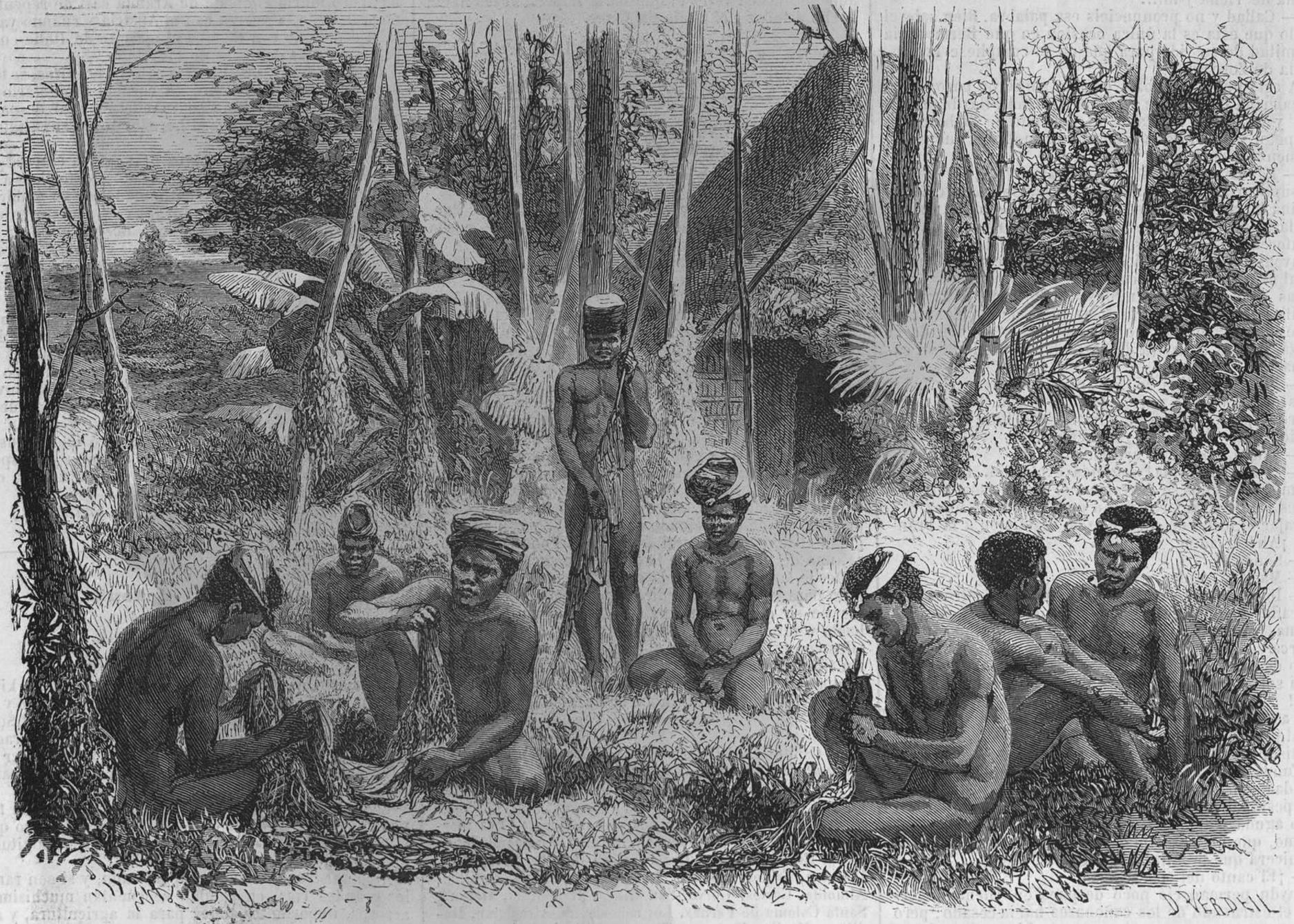
La segunda razon es que en la inmigracion polinesia, las corrientes marítimas y los vientos alisios, debieron hacer, por el contrario, un papel muy favorable. Lo que era un obstáculo para los Papuas fué una ven-

Las tribus indígenas, en número de mas de cuarenta, forman dos grupos muy distintos, al parecer, del cruzamiento de las dos razas, *papuasiana* y *polinesia*.

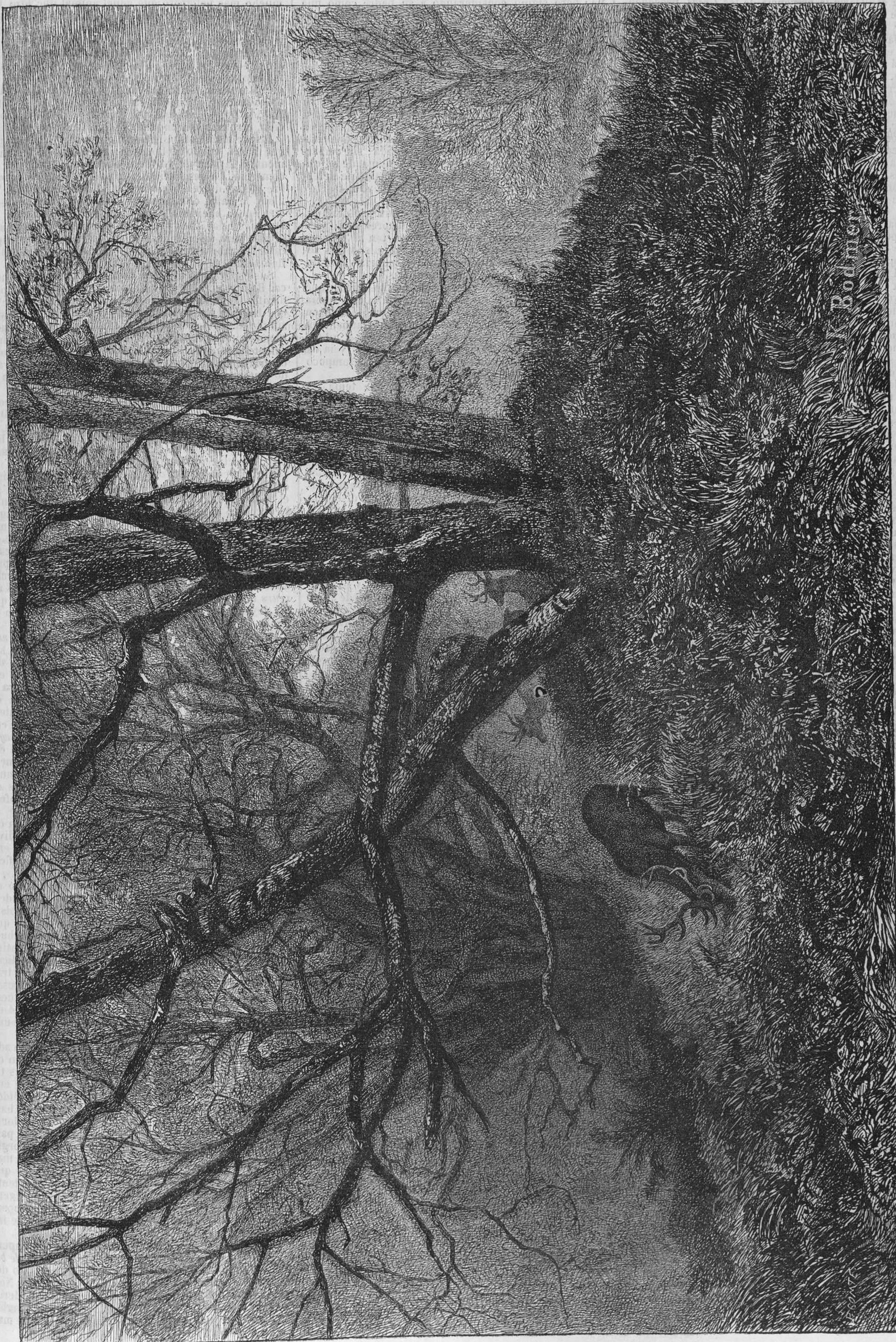
En dos poderosas razones geográficas se apoya ese doble origen. Primera, en cuanto á los *Papuas* se funda en que las cordilleras de islas que se extienden del nordeste de la Nueva Caledonia, por las Nuevas Hébridas, las islas Laperouse y la Luisiada hácia Nueva Guinea (Papuasias), aparecen como los desmantelados arcos de un puente gigantesco y despiertan naturalmente la idea de un pasaje que habria existido de una á otra mediante la navegacion costera por piraguas, pues por perfeccionadas que estuviesen estas embarcaciones, es imposible admitir que pudiesen atravesar directamente contra las corrientes y los vientos generales, el



NUEVA CALEDONIA. — Capilla de Huagap.



NUEVA CALEDONIA. — Pescadores indígenas á la puerta de sus chozas.



CUADROS DE LA NATURALEZA. — Ciervos en el restrojo, composición y dibujo de Karl Bodmer.

taja para los Polinesios. Ahora bien, solo esta circunstancia explicaría la presencia de los *Uveas*, procedentes de las islas en la Nueva Caledonia (después de haber hecho una etapa en la mas setentrional de las islas Loyalty, á la que impusieron su nombre), si no se explicara por una tradicion poco dudosa que señala á esa inmigracion una época relativamente reciente.

Al cruzamiento de los inmigrantes con los primitivos moradores (Papuas), se deben los hombres robustos que no son raros entre los *Aramas*, los *Pumas*, los *Cumac*, y en la mision de *Pueblo* (1). Estos últimos se han convertido; pero aun quedan *Uveas* que no se han purificado del pecado original por medio del bautismo. La reputacion de antropófagos que tienen estos infieles, no impide que los *Uveas* cristianos mantengan con ellos relaciones de comercio y amistad; y asi sucede que apenas pasa dia sin que se presente alguno de esos voraces de carne humana en su aldea, acompañados á veces de su bronceada mitad.

Un puñado de pelos de liza (2) ó un mazo de madera que desea cambiar por tabaco, pipas, anzuelos, ó tela roja, tal es casi siempre el motivo de su visita.

Si el salvaje visitante consigue proporcionarse una camisa y un pantalon, hace una entrada triunfal entre los suyos. Sin embargo, esto es bastante raro, y ordinariamente vuelve á presentarse vestido á la moda de su tribu, ó sea en una desnudez que seria mas decente si fuera completa.

De tiempo en tiempo, sin duda para atenuar la excesiva sencillez del traje, se da una untura negra de aceite de coco y se planta en su cabeza cabelluda una hoja de heliconia en forma de turbante, que se ata con la misma cuerda que le sirve de honda. Y á todo esto, nunca falta la pipa, pues los canaques de ambos sexos son fumadores apasionados.

La compañera del indígena, vestida un poco mas, se ciñe el talle con un cinturon hecho de fibras de pandano, y cuando tiene un niño de pecho le lleva en una especie de estera colgada de su cuello, y que cuando anda se echa á la espalda.

Sin embargo, la aparicion de estos hijos de la naturaleza se armoniza muy mal con las decoraciones heterogéneas de una aldea de neófitos. No están bien sino en sus lugares salvajes, como ellos. El neo-caledonio solo es interesante para el observador, cuando se encuentra en ese terreno.

Así pude verles yo en febrero de 1870, al pié del monte Caala.

Estaba con el R. P. Empreint, misionero marista, y cuatro canaques de la tribu pagana de los Puma. Hicimos un frugal almuerzo á orillas de un fresco arroyo, en un sitio delicioso, al que daban sombra magníficos cocoteros; cuando de repente tuvimos la sorpresa de ver salir del bosque seis naturales, cinco hombres en son de guerra y una mujer. Nada mas singular que aquella gente tan poco vestida; pero en cambio muy pintorresca, que hablaba muy alto y gesticulaba de un modo prodigioso. Yo me hallaba ya acostumbrado á tales apariciones, y la desnudez de ciertos individuos bien configurados me parecia infinitamente preferible á la mayor parte de los estrambóticos disfraces que se aplican los que por razon del clima tienen que vestirse. Hay que hacer justicia al neo-caledonio del interior (el que no se ha rozado con los cambistas de la costa): es muy pudibundo y sabe ocultar cuidadosamente las enfermedades físicas que afligen al hombre.

J. P.

(Se continuará.)

## ¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 1,010).

Hay algunas jóvenes de las cuales sus mas próximos parientes dicen: «No comprendo á esta niña.» Matilde Darrell era una de estas jóvenes. Hablaba muy poco y nunca hacia ruido, parecia considerarse como un secreto viviente que habia jurado solemnemente no dejar escapar.

Desde su tierna infancia habia sufrido la árida influencia de una madre que siempre tenia algo que ocultar; Mrs. Darrell estaba siempre recibiendo cartas que debian sustraerse á todas las miradas, visitas de las cuales no se debia hablar; siempre tenia algo sobre lo cual, ya con un pretexto ya con otro, no debia decir Matilde una palabra á su padre.

(1) Los dibujos que damos hoy están copiados de fotografías sacadas en las tribus de la costa occidental, en *Mueo*, *Tongoin* y *Bangu*.

(2) La liza neo-caledonia difiere poco de la de las islas Tonga, *Pteropus tonganus*, descrita por los naturalistas de *Astrolabe*, *Quoi* y *Gaimard*. Con el pelo de este animal los naturales hacen cordones que sus mujeres usan como adorno de cabeza.

Cuando Mrs. Darrell murió, Matilde era aun una niña; pero siguió considerando á su padre como una persona contra la cual su prudencia le exigia estar siempre prevenida, no porque tuviera precisamente miedo de él, que era amable y dulce para ella como un buen padre, sino porque su carácter natural era antipático al de la hija.

¿Cómo habia de confiar á su padre sus pensamientos cuando un instinto secreto le decia que sus pensamientos no podian estar en armonia con los de su padre? Sin embargo, aunque taciturna, poco cariñosa y poco franca, parecia dulce y dócil. Aquella reserva era considerada como una timidez natural. Generalmente hacia el efecto de una niña tímida; sin embargo, cuando creia resolverse así el enigma de su carácter, hacia ó decia alguna cosa tan friamente determinada, que era preciso exclamar de nuevo:

— No comprendo á esta niña.

En sus estudios no mostraba una gran penetracion, y podria decirse que era tarda de comprension; pero algunas veces hacia una observacion tan á tiempo, que podria hacerlos creer que tenia ingenio; otras veces parecia distraida, y de pronto descubriais que todo lo habia observado y comprendido.

Matilde apareció mas prendada aun de Arabela que de Mrs. Lyndsay, y aun de Carolina, con la cual habia vivido antes como una hermana; pero que siendo en aquella época una joven viva, inocente, franca, con el alma en los ojos y el corazon en los labios, no tenia ya ningun encanto para Matilde, que no veia en ella ningun secreto que penetrar, y no podia tampoco tener el placer de engañarla.

Por el contrario, aquella extranjera que tenia un talento tan extraordinario y un carácter tan decidido, aquella extranjera sobre cuyos labios y sobre cuya frente se notaba la tristeza y el sentimiento, era para Matilde un objeto de estudio, y no pudo menos de sentir cierta simpatia hacia ella, cuando descubrió que tenia un secreto.

Arabela, absorta el principio en sus propias reflexiones, solo consideró á Matilde con esa atencion maquinal que un aya de profesion concede á una discipula vulgar.

Pero fué interesándose por Matilde mas y mas á medida que concebía por Darrell agradecimiento y veneracion. Darrell sabia que aquella mujer habia pasado sus primeros años en el seno de la comodidad y del lujo, respetaba aquella loable energia con que se habia consagrado á los niños confiados á ella, y por medio de un proceder benévolo y una delicadeza de atenciones, cuyo valor era aun mas grande, proviniendo de un hombre tan eminente y atareado, se esforzó por hacerla olvidar que era un aya asalariada, presentándola á los ojos del mundo como una mujer bien nacida á quien apreciaba y en cuya casa era recibida como una amiga.

Arabela haciendo entonces de su primera indiferencia, procuró manifestar á Darrell su gratitud desplegando toda su energia para hacer de aquella niña insípida una mujer completa. Solo podia darla una educacion de adorno; pero en aquel concepto fué mas feliz de lo que se habia atrevido á esperar con toda su habilidad y su celo. Sin oido, sin gusto y sin aficion, Matilde llegó á ser una música muy regular, aunque cantaba y tocaba maquinalmente.

Sin la menor disposicion artistica, llegó á sorprender el secreto de la perspectiva; hasta llegó á pintar, y llenó un album de dibujos que cualquier joven podia ver circular por un salon sin ruborizarse. Su maestra la hizo leer trozos escogidos de historia y de los clásicos femeninos mas inofensivos, la hizo escribir diálogos franceses, temas italianos, oraciones alemanas, hasta la hizo penetrar en el dominio de la lingüística elemental. Pero terminada su educacion, se observó que Matilde Darrell era lo mismo que antes.

Con respecto á su carácter, á sus inclinaciones, á sus sentimientos, la misma Arabela, aquella profesora hábil, no pudo dar una respuesta clara á Mrs. Lyndsay, cuando esta le dijo suspirando con su acento mas dulce:

— ¡Pobre Matilde! ¿podeis comprenderla vos, miss Fossett?

Miss Fossett tampoco podia responder á esta pregunta; pero después del mas detenido estudio, miss Fossett pensó en su interior que nada habia en aquella joven que comprender. Matilde Darrell, como otras muchas niñas bonitas era una nulidad ofensiva; al mismo tiempo creia firmemente que era una joven muy formal, muy honrada, muy dócil, y sobre todo muy amante de su aya.

Hacia muchos meses que Arabela vivia en casa de Darrell cuando Carolina Lyndsay, que casi se habia educado con Matilde y participado de sus lecciones, ya procediesen de miss Fossett, ya de otros profesores, fué con su madre á visitar á la anciana marquesa de Montfort.

Matilde que al siguiente año debia hacer su entrada en el mundo, quedó entonces casi exclusivamente sola con Arabela, que redobló sus atenciones con su discipula para que brillasen mas sus habilidades á los ojos del mundo elegante.

Miss Fossett tenia la costumbre de hacer dar á su discipula un paseo todas las mañanas por las apacibles alamedas de Green-Park. Un dia que vagaban descuidadas en medio de niñas, de muchachos y de hombres machuchos, de esos que dan por las mañanas un paseo higiénico, se dirigió de pronto hacia ellas un hombre (tan inesperadamente como el lobo

que aterró á Horacio en el bosque de la Sabina, pero mucho mas peligroso que aquel animal que hizo huir al poeta); era Jasper Losely. Arabela exhaló un ligero grito.

Sin poder resistir, sin pensar siquiera en resistir á su atraccion, se acercó á aquel hombre y colocó su mano sobre su brazo. ¿El sentimiento que en aquel momento dominaba á Jasper era de sorpresa ó de alegría? Arabela estaba muy conmovida para observarlo. Cambiaron rápidamente algunas palabras, mientras Matilde Darrell, dirigia una mirada al bello desconocido, caminando tranquilamente á su lado.

Jasper manifestó á Arabela que hacia algunos dias que habia vuelto á Londres, renunciando solemnemente á la idea de volver á abrazar la profesion del comercio. La desgracia de su padre (daba este nombre menos duro á la pena que habian impuesto á William) le habia obligado á separarse de sus amigos de otra época haciéndole romper violentamente con sus antiguas relaciones y sus antiguas costumbres: habia dejado para siempre el nombre de Losely, que suplucaba á Arabela no descubriese nunca; tomando el de Hammond.

Sus esperanzas dijo que eran mas grandes que nunca. Bajo el nombre de Hammond, gentleman independiente, habia adquirido amigos mas poderosos que los que hubiera tenido nunca bajo el nombre de Losely, simple dependiente de una casa de comercio. Indudablemente encontraría un buen destino en las oficinas del gobierno, y entonces... ¡Oh! entonces gozando de un buen sueldo y con la seguridad de seguir elevándose podria alcanzar la mano tanto tiempo deseada de «la mejor de las criaturas.»

Arabela explicó tambien brevemente su nueva posicion. Era aya de miss Darrell, aquella era miss Darrell, Arabela no podia dejar que se pasara sola, le prometió escribirle, Jasper entregó á Arabela una brillante tarjeta concebida asi: «M. Hammond, núm... Duke Street, Saint James.»

Arabela con el corazon palpitante corrió á reunirse con su amiga que se habia adelantado dos pasos. En el breve tiempo que contempló á su pérfido amante, le encontró mas hermoso que nunca; su traje, aunque siempre se habia vestido con esmero, era mas de moda que en otro tiempo, mas sencillo, mas elegante.

Jasper habia permanecido poco tiempo en la casa donde habia sido colocado mientras se instruía el proceso de su padre; pero en aquel tiempo habia hecho amistad con muchos jóvenes de su edad, de esos *viveurs* de costumbres disolutas, que sin hacer nada que las leyes puedan castigar como criminal, hallan el modo de pasar algunos años en medio del fausto.

En esa extraña fermentacion social que reina aun en un pais donde una aristocracia de nacimiento sumamente pobre y sumamente numerosa, (pues el derecho de colocar un *de* delante de su nombre ó estampar una corona en su tarjeta, da á cualquiera el nombre de aristócrata), se encuentra esparcida en medio de una democracia joven, ambiciosa, inquieta y aventurera que no carece de elegancia, ligadas entre sí ambas clases por esa ficcion de ley llamada *égalité*; en esa sociedad desordenada donde las cosas del antiguo régimen han sido destruidas irreparablemente, y tan pocas del nuevo han quedado sólidamente construidas; hay muchas mas variedades, grados de distincion infinitamente mas sutiles que los que ofrece un pais como el nuestro.

Las novelas y los dramas franceses, mas que un espejo, son un cristal de aumento aplicado á los individuos que se mueven en aquella region; pero sin embargo, representan con bastante fidelidad las clasificaciones aunque exageran los tipos.

Esas extrañas combinaciones en un solo cuadro de estudiantes y grisetas, bailarinas, autores, vizcondes, petardistas, loretas románticas, jugadores de Bolsa, cuya genealogia data de las cruzadas, impostores que toman sus títulos de los pueblecillos donde sus abuelos han ejercido la profesion de silleros, cuya mentira cuando es descubierta excita la risa; mujeres delicadas viviendo como hombres libertinos; hombres traficando con el amor como mujeres disolutas, y á pesar de esto manifestando una susceptibilidad tal en cuestiones de honor, que si dudais de su sinceridad ó de su valor, os harán pasar á la barca de Caronte de una estocada ó de un pistoletazo...

Así puede darse á conocer la humanidad en cada pais civilizado en muestras aisladas que pondrán en relieve con mayor ó menor fidelidad los diferentes tipos; pero ¿en qué pais mejor que en Francia se encuentran todos ellos, si no precisamente confundidos en los mismos salones, cruzándose unos con otros hasta el punto de constituir una faz social y dar color á una literatura de indisputable ingenio? ¿En qué pais se advierte una atmósfera tan perfumada en una orgia espantosa? ¿En qué pais se ocultan mejor los mas groseros sentimientos bajo un lenguaje político, que en Francia donde el idioma puro y resplandeciente como el diamante, tan ingenioso en su prosa ligera como contrario á la pasion en su poesia impetuosa, parece inventado por las gracias á despecho de las musas?

En los círculos que acabo de bosquejar tan imperfectamente, se introdujo Jasper Losely, llamado *le bel anglais* (¡buen representante de la Inglaterra!) No debe atribuirse á aquellos círculos su corrupcion. ¡No! ¡la justicia antes que todo! ¡Defendamos los derechos de nuestro pais natal! Cuando el hermoso inglés penetró en aquella sociedad, estaba infinitamente mas

encenagado en el vicio que la mayor parte de los individuos que la componían. Pero allí aprendió al menos á sacar el mayor partido de su juventud, de su fuerza, de sus recursos, para desconcertar á los tímidos y hasta á los más audaces de su alta estatura y sus formas intachables que cautivaban á las mujeres sin seso y hasta á las más graciosas.

Pero su vicio dominante era el juego. Un mes antes de su encuentro con Arabela había tenido una temporada de una suerte extraordinaria.

Contando con aquella suerte resolvió regresar á Londres y (sin el menor recuerdo de « la mejor de las criaturas » hasta que Arabela le detuvo), seguir allí la pista de alguna heredera. Tres franceses amigos suyos le acompañaban; todos llevaban el mismo objeto, todos imaginaban que en Londres abundaban las herederas; todos eran buenos mozos. Uno de ellos era conde, al menos así lo decía; pero no estaba orgulloso por su rango, nada de eso; adoraba la libertad, y no existía ningún hombre más en riesgo de perderla; adoraba la fraternidad, y á ningún hombre hubiérais amado menos como á un hermano; ¡y la igualdad! el hijo de un zapatero que era hombre de letras y escribía en un periódico, publicó un día un chiste acerca de su condado.

« Todos los hombres son iguales ante la pistola, » dijo el conde, y como era un tirador afamado adiestrado en aquel ejercicio desde la edad de catorce años, desafió al hijo de Crispin y le traspasó el pecho de un balazo.

Otro de los compañeros de viaje de Jasper era un hijo del pueblo que se jactaba de ser expósito, hacia versos lúgubres y enseñaba á Losely el modo de barajar en el whist. El tercero, dedicado al comercio en sus primeros años como Jasper, tenía también como Jasper un alma demasiado elevada para aquella profesión; en política era comunista, y filántropo de palabra. Era el más hábil de todos ellos, y ahora es un gaileote. El destino de sus dos compatriotas más oscuro aun, no me toca á mí revelarlo. Bastante tengo con seguir paso á paso la vida de Jasper.

No tengo necesidad de decir que Jasper se abstuvo de recordar sus antiguas amistades de la City. Su objeto y su esperanza era borrar por completo su identidad con el hijo de aquel convicto enviado al extranjero para sustraerle de la vergüenza. En la City no existía ya ningún antiguo amigo que pudiera descubrirle. Su pobre tío, el único de sus parientes de Inglaterra que conocía el secreto de su cambio de apellido, había ya muerto; la deshonra de William Losely, y los malos informes que había recibido de Francia acerca de Jasper, apresuraron su fin. El tío dejó á su viuda en una posición muy poco desahogada para poder gastar inútilmente un chelín, y aunque hubiera sido bastante rica para matar un ternero gordo, era demasiado rígida para dar ni siquiera un hueso á un pródigo como Jasper, aunque hubiera sido su propio hijo en vez de ser su sobrino. Por consiguiente, como la civilización en su marcha constante hacía el Occidente, Jasper volvió la espalda al Oriente y no pensó ya en volver á pasar Temple-Bar en busca de la fortuna, de amigos ó de parientes, así como un moderno habitante del país de Gales no trataría en la actualidad de hacer una peregrinación al Asia para abrazar á los parientes lejanos que Hu Gadarn dejó en pos de sí hace algunas centurias, cuando aquel héroe mitológico conducía á sus fieles cimerianos, á través de los mares nebulosos, hacia nuestra dichosa isla de miel (1).

Dos días después de su encuentro con Arabela en Green Park, el *soi-disant* Hammond, habiendo sabido en el intervalo que Darrell era inmensamente rico, y que Matilde era la única hija que le quedaba, no dejó de volver á Green Park otra y otra vez.

Arabela pensaba naturalmente que hacía mal en permitirle que se acercara y pasearse á un lado de Jasper, mientras miss Darrell iba al otro lado; pero pensaba también que hubiera obrado mucho peor saliendo á hurtadillas y yendo sola á la cita. Por nada del mundo se hubiera querido exponer de nuevo á semejante peligro. ¡Pero negarse á verle allí! ¡Era tan dichosa al verle! Además, Jasper se mostraba sumamente respetuoso en sus modales y en su conversación. La expresión de sentimientos más tiernos y más apasionados quedaba para cartas. Jasper sugirió á Arabela el pensamiento de hacerle pasar para Matilde por un pariente cercano; pero Arabela no consintió en semejante superchería. La segunda vez que le encontró dijo á Matilde que no le había hablado una palabra acerca de aquel asunto:

— Iba á casarme con él cuando mi padre murió; debemos casarnos cuando podamos vivir con independencia.

Matilde respondió de una manera vulgar, pero afectuosa, captándose la confianza de Arabela que le abrió su corazón, aunque sin descubrir el nombre real de Jasper ni la sombría memoria que la perseguía. Era para Arabela una dicha tener una persona á quien hablar de sus amores: en sus conversaciones olvidaba la relación de aya y discípula que mediaba entre ellas; era una mujer que hablaba á una mujer, una niña que hablaba á una niña, una amiga que descubría á otra amiga sus secretos. Matilde parecía sumamente complacida por aquella prueba de confianza;

(1) *Mel Innys* — Isle of Honey. — Isla de miel. Uno de los poéticos nombres dados á Inglaterra en el lenguaje de los antiguos bretones.

le lisonjeaba la idea de poseer el secreto de otra.

Arabela sentía algún disgusto porque Matilde parecía no admirar á Jasper tanto como él merecía; pero Matilde se excusó diciendo que apenas había mirado á M. Hammond. Indudablemente era grande su belleza; pero ella prefería, aunque no demostrase muy buen gusto con semejante preferencia, una tez pálida y unos cabellos castaños. Después suspiraba como si en el curso de su vida misteriosa hubiera encontrado alguna vez una tez pálida y unos cabellos castaños que hubiesen dejado en su memoria una profunda huella y en su corazón una incurable herida... Ni Matilde ni Arabela pronunciaron una palabra sobre la necesidad de ocultar á M. Darrell sus encuentros con M. Hammond. Tal vez no quería Arabela rebajarse hasta exigir el secreto á su discípula; pero no lo necesitaba, porque para Matilde era siempre una felicidad tener algo oculto.

En aquellas entrevistas Jasper rara vez dirigía la palabra á Matilde, ni veinte palabras habían mediado entre ellos; pero á la tercera entrevista la pérfida Matilde dejó que Jasper deslizara en su mano un billete cautelosamente. Desde aquel día, Arabela se paseaba en medio, Jasper á un lado, Matilde al otro, por detrás de Arabela cruzaban las cartas de Jasper y las respuestas de Matilde. Este cambio tuvo lugar doce á catorce veces.

Darrell iba á marchar á Fawley; aquellas entrevistas iban á suspenderse.

Dos ó tres días antes del fijado para la marcha, se encontró desocupado el cuarto de Matilde. Se había fugado. Arabela fué la primera que descubrió su fuga; la primera que comprendió su causa. Matilde había dejado sobre su mesa una carta para miss Fossett. Aquella carta era muy breve, y parecía escrita con la mayor serenidad, y á ella acompañaba como justificante un billete de Jasper, en el cual aquel héroe ridiculizaba la idea de haber tenido nunca amores con Arabela declarando que se mataría si Matilde se negaba á huir con él: que ella nunca tendría que arrepentirse de haberle concedido su angelical confianza. ¡No!

Aunque tuviera un corazón leve;

¿Cómo engañarla á ella?

Sofocando sus gritos, con la respiración oprimida, medio loca, Arabela bajó al gabinete de estudio de M. Darrell. Darrell que sin sospechar nada, estaba estudiando inclinado sobre sus pesados volúmenes, quedó sorprendido ante aquella aparición. En breve supo todo lo que le interesaba. Algunas breves preguntas, algunas apasionadas respuestas le enteraron de su desgracia.

¡Cómo! ¿Quién era ese M. Hammond? ¡Poder del cielo! ¡El hijo de William Losely, de un ladrón que sufre su condena!

Arabela triunfó por un momento, al lanzar tan dura respuesta, de aquella rival que le había arrebatado su amante. Repuesto de la primera impresión Darrell, exhaló su cólera, no contra la fugitiva, sino contra la mujer impudente que exaltada por la rábida que la devoraba y hasta por el sentimiento de su falta, afrontaba insolentemente su presencia cuando hubiera debido sepultarse bajo tierra para evitarla. Y ella misma, el aya infiel, había presentado á su educanda bajo otro nombre, al hijo de aquel criminal convicto... ella misma lo confesaba... Aunque afectase admiración, aunque fingiese remordimientos, debió ser, había sido de hecho, cómplice de aquel hombre... Herida en lo más vivo, en medio de la terrible impresión de su dolor, por reconveniones que no merecía, Arabela sacó de su seno las cartas recientes, que Jasper la había escrito, cartas llenas de protestas de fidelidad y de amor, para que Darrell las leyera. ¿Qué la importaba en aquel momento su nombre, su reputación? Solo pensaba en el ultraje que acababa de sufrir. Si se comparaba con Matilde, esta última aparecía como pérfida y criminal, Arabela como la víctima maltratada. Darrell echó una ojeada sobre aquellas cartas que estaban firmadas así:

« Tu amante esposo. »

— ¿Qué quiere decir esto? exclamó Darrell. ¿Estais casada con ese hombre?

— Si, dijo Arabela, ¡ante Dios!

Darrell comprendió la significación de las palabras y la actitud de Arabela, y su furor llegó á su colmo. La cólera en él, una vez excitada era terrible, pero no la dejaba ya estallar en palabras. Sus ojos arrojaban fuego, su actitud hubiera helado de espanto el corazón. Arabela, con la cabeza ardiendo y el corazón despedazado; comprendiendo que ya se habían alejado de ella para siempre, la juventud, la fidelidad y la esperanza; que el mundo la consideraría desde aquel momento de una manera muy distinta, salió de aquella casa, con la pérdida de su reputación, con un talento inútil, sin medios de subsistencia. ¿Qué padre la confiaría ya sus hijos?

Por extraño que parezca su resentimiento contra Jasper, no era nada comparado con la intensidad de su odio contra Matilde, y lo que aun parecerá más extraño, á medida que sus pensamientos salían de su primera confusión, se sentía más indignada contra el mundo; mas oprimida bajo el peso de su vergüenza, y sufriendo menos, sin embargo, por la conciencia de sus lamentables errores que por el sentimiento de la

injusticia que sufría cuando pensaba en el desprecio con que Darrell había rechazado toda justificación de su conducta. La estimación de Darrell era de un valor inestimable para los que podían comprender su valor; su desprecio para aquellos á quienes había favorecido con aquella estimación era una marca de ignominia, semejante á la sentencia de un juez que coloca á un criminal fuera de la ley para todo el resto de su vida.

Nada, apenas restaba á Arabela de su espléndido salario. Todo lo que había ganado hasta entonces había pasado á las manos de Jasper, que acaso empleó gran parte en su fuga con la pérfida rival. Cuando no tuvo dinero empeñó las pobres reliquias de su inocente y feliz juventud, aquellas pobres reliquias que le habían permitido sacar de la casa de su padre y que había llevado siempre consigo como sus dioses penates: los libros de premio, el laud, el rico costurero, aquella jaula que el lector recordará sin duda haber visto más tarde en su casa... Ella no esperaba sacar nunca aquellos recuerdos queridos de ese Gólgota que toma para devolverlas tan raras veces, esas prendas sagradas de ese país de los sueños que se llama « otro tiempo mejor »; las joyas llevadas al primer baile, la sortija entregada con el primer juramento de amor, el lindo juguete de coral con cascabeles que divertía á la niña en su cuna, todo, hasta la Biblia, en la cual los labios que imploran ahora seis peniques más, leían con fervor junto al lecho de muerte de su padre.

Los recursos adquiridos por aquel medio no tardaron en agotarse y entonces Arabela vió acercarse á ella el hambre con una triste apatía, y sin querer hacer un esfuerzo para vivir. Ultimamente no pudiendo pagar el alquiler de la humilde habitación que ocupaba, fué arrojada á la calle. ¿Dónde iría? lo ignoraba y se inquietaba poco por saberlo.

Maquinalmente se dirigió hacia el río, porque parece que cuando la desesperación se apodera de nuestro espíritu, el instinto nos impele á la destrucción, así como cuando estamos bajo la influencia de ideas más risueñas nos lleva hacia nuestra conservación. Pasaba junto á la farola situada al extremo del puente de Westminster cuando un hombre vestido decentemente la miró y asió su brazo. Arabela levantó la cabeza con tristeza y desden como si hubiera recibido un insulto, como si temiera que aquel hombre, ignorando la mancha impresa en su honor, creyera en su locura, que el miedo á la muerte pudiera hacerla cometer otra falta.

— ¿No me conocéis? dijo el hombre; mas extraño es que yo os haya conocido. ¿Cómo vais vestida! ¡Cuánto habeis cambiado, pobre niña!

Al oír aquellas palabras « ¡pobre niña! » Arabela derramó lágrimas, y aquel llanto pareció disipar la sombra que nublaba su frente.

— Os he buscado por todas partes, señorita, añadió aquel hombre. ¿Me conocéis ahora? Soy el notario de vuestra pobre tía. Ya no existe... murió la semana pasada. Os ha dejado cuanto tenía, una fortuna muy considerable para una señora sola.

Así se instaló Arabela en una casa bastante cómoda de Podden Place. En memoria de su tía, según ella decía, cambió su nombre por el de Crane, que era su apellido materno, y aunque joven todavía tomó el título de *mistress*, (señora) que es el que adoptan, á su pesar, las solteras, al llegar á una edad respetable, cuando desean hacer saber al género humano que renuncian para siempre á todo lo que hace el orgullo de las *misses*, (señoritas), y que dueñas de sí mismas, desprecian nuestro miserable sexo, siendo así que su arrepentimiento es entonces inútil. La mayor parte de los bienes de su tía consistían en casas situadas en diferentes partes del barrio de Bloomsbury. Arabela vivió en varias de ellas hasta fijarse definitivamente en la más triste de todas. Para hacerla más triste aun por el contraste del presente con el pasado, sacó del monte de piedad los tesoros que había empeñado, su laud roto, su jaula vacía.

Dos años después de la muerte de Matilde, Arabela se encontraba por casualidad en la oficina del agente encargado de cobrar los alquileres de sus casas, cuando entró un hombre bien vestido y dijo apoyándose en el mostrador:

— En el *Times* de hoy ha salido un anuncio de una señora que ofrece casa, educación, etc., para una niña sin madre; las condiciones son moderadas, y dicha señora es extremadamente aficionada á los niños. El que quiera pormenores, debe acudir á vos. Dádmelos.

El agente se volvió para mirar sus libros, y Arabela se colocó delante del hombre que pedía aquellos informes.

— ¿A quién pertenece ese niño para el cual buscáis una casa, Jasper Losely? le dijo.

Jasper se llenó de sorpresa.

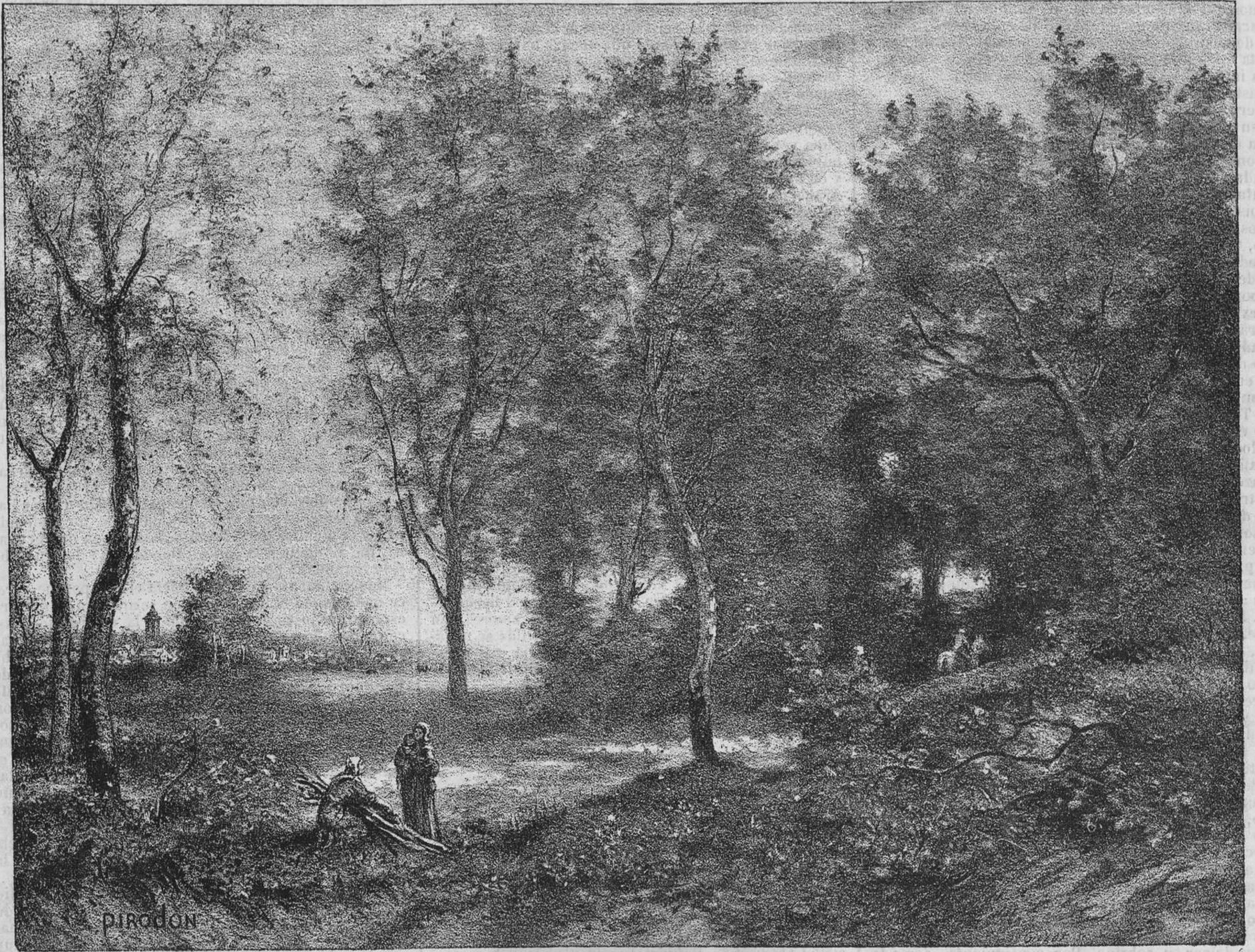
— ¡Arabela! exclamó. ¡La mejor de las criaturas! Os dignais hablar á un hombre tan vil...

— ¡Callad! Salgamos. No hagais caso de ese anuncio. Yo conozco una persona que admitirá á un niño sin madre, sin que os pida nada.

Cuando le hizo salir á la calle le preguntó:

— El niño en cuestión, ¿es hijo de... de... Matilde Darrell?

— ¡Bella! respondió con cariñoso acento el más execrable de los seductores; ¿puedo confiar en vos? ¿Podeis ser mi amiga á pesar de mi mal comportamiento? ¡Maldito dinero! ¿Qué puede hacerse en este mundo sin dinero? Aun cuando mi corazón hubiera sido extremadamente pérfido, ¿os hubiera yo engañado si no me hubiera visto en tan mala posición? ¡Ah! si vos tuvierais un corazón bastante generoso para



PARIS. — Exposicion de Bellas Artes de 1872. — *Recuerdo de Ville-d'Avray*, cuadro de M. Corot.

perdonar y olvidar. Ya sabreis que soy viudo... viudo no inconsolable.

— Si, he leído la muerte de Mrs. Hammond en un periódico atrasado.

— ¿Y no habeis leído tambien la muerte de su hija algunas semanas despues ?

— No ; leo poco los periódicos. ¿Murió la niña ?

— Escuchadme.

Y Jasper dió principio á una relacion que Arabela escuchó con interés. Cuando terminó Losely, Arabela le ofreció encargarse de aquella niña para la cual buscaba Jasper una familia. El miserable la prometió que iria á verla aquella tarde con la niña, pero se contentó con enviar á la niña sin parecer él por su casa. Arabela no le volvió á ver hasta algunos años despues cuando le recibió en Podden-Place de una manera tan lúgubre ; pero aunque él no se dignara escribirla, es probable que Arabela se informase de sus costumbres y su modo de vivir en Paris en aquel intermedio.

Y ahora el lector sabe mas aun de lo que Alban Morley, y quizás Guy Darrell supieron en su vida de la mujer del rostro torbo y el vestido de color gris de hierro.

X.

No he conocido ningun jugador que en los negocios ordinarios de la vida no haya cometido notables errores en sus cálculos de las probabilidades. ¿Será porque esos hombres, en la embriaguez de una esperanza crónica ven dobles las probabilidades favorables ?

Jasper Losely contaba con dos cosas como indudables.

1º Darrell se reconciliaria pronto con su hija única.

2º La hija única de Darrell seria necesariamente su heredera.

El jugador fué burlado en aquellas dos esperanzas.

Darrell no respondió á las cartas que Matilde le dirigió desde Francia, donde Jasper la habia llevado y

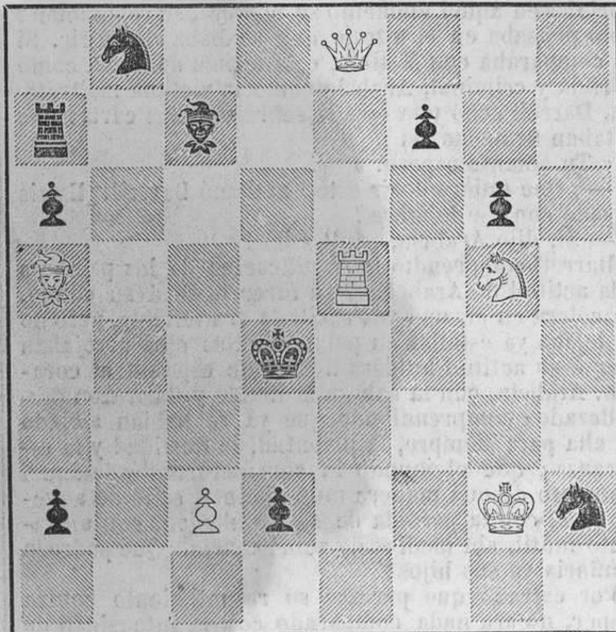
**Problemas de ajedrez.**

Solucion del número 360.

1 T toma C 2 T 5ª R 3 R 3ª TRª 4 A 3ª R j.  
 P 7ª AR R 4ª ARª ? Mate.  
 ..... A 3ª TRª jaque T 6ª ARª A 5ª A ó  
 R 4ª ARª R 5ª Rª ? Mate.

PROBLEMA NÚMERO 361, POR M. RUDOLF WILLMERS

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

donde se habia apresurado á casarse con ella bajo el falso apellido de Hammond aunque bajo su verdadero nombre de bautismo Jasper.

En el casamiento deshonoroso que Matilde habia contraído, todas sus malas cualidades parecieron revelarse repentinamente á los ojos de su padre, que vió en ella lo que hasta entonces se habia esforzado por no ver : la digna hija de una mujer despreciable. Tal vez la hubiera perdonado una mera *mesalliance* paliada por una relacion familiar ó de larga duracion con el seductor ; pero haberse dejado seducir sin lucha, sin experimentar ese sentimiento de pudor y de orgullo natural en las jóvenes, por un hombre que sabia que estaba comprometido con otra mujer... Darrell no podia perdonarla.

Sin embargo, el silencio de Darrell affligió poco á la esposa sin corazon y al confiado marido. El perdon y las riquezas era un negocio de tiempo y al fin tendrían que llegar antes ó despues. Pero sus fondos disminuían rápidamente y fué preciso pensar en el medio de adquirir dinero. En su consecuencia, Jasper dejó por algun tiempo á su esposa en una linda ciudad de provincia, poco distante de Paris, y fué á Londres resuelto á ver á Darrell. Este consintió en verle, pero no en su casa sino en la de M. Gotobed. Venciendo su repugnancia, el orgulloso gentleman juzgó necesaria aquella condescendencia para hacer conocer á los esposos de una manera clara y precisa su resolucion.

Cuando Jasper entró en la oficina de M. Gotobed, Darrell estaba de pié al lado de la chimenea, y con un gesto lleno de majestad, rechazó á Jasper que aparentando ceder á un movimiento de ternura, perfectamente ensayado, queria lanzarse á sus brazos. Darrell sintió quizás doble resentimiento al reconocer en aquel brillante bribon las ventajas fisicas que habian conquistado tan fácilmente el corazon de su hija.

(Se continuará.)